

VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2010.

La `refundación' kirchnerista. Capitalismo nacional, neoliberalismo y governabilidad en los discursos públicos de Néstor Kirchner.

Dagatti, Mariano.

Cita:

Dagatti, Mariano (2010). *La `refundación' kirchnerista. Capitalismo nacional, neoliberalismo y gobernabilidad en los discursos públicos de Néstor Kirchner*. VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-027/193>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**LA ‘REFUNDACIÓN’ KIRCHNERISTA. CAPITALISMO NACIONAL, NEOLIBERALISMO Y
GOBERNABILIDAD EN LOS DISCURSOS PÚBLICOS DE NÉSTOR KIRCHNER.**

Lic. Mariano Dagatti
UBA / CONICET
mjdagat@yahoo.com.ar

Mesa 14

Acumulación, dominación y lucha de clases en la Argentina reciente (1990-2010)

Resumen:

Esta ponencia ha sido realizada en el marco de la teoría de la Escuela Francesa del Análisis del Discurso, bajo el signo de investigadores como Dominique Maingueneau (2008) y Patrick Charaudeau (2008). Desde la perspectiva de este trabajo, el interés de esta teoría consiste en comprender el funcionamiento del discurso político a partir de su dispositivo enunciativo, teniendo en especial consideración las imágenes de sí que el locutor construye en sus alocuciones públicas, los dominios de memoria (Courtine 1981) que despliega y los preconstruidos (Pêcheux 1988) que recupera.

Nuestro objetivo en esta comunicación es esbozar una descripción del modo en que, a partir de un proceso discursivo, el kirchnerismo define, reformula y construye durante su primer año de gobierno *una sintaxis capitalista después de una crisis capitalista*. En otras palabras, cómo logra marcar un efecto de frontera con la Argentina de los noventa sin abandonar en lo sustancial –incluso más, adhiriendo a– el sistema capitalista que la ha caracterizado y cuya consecuencia más evidente ha sido la crisis de 2001.

La investigación realizada nos permite afirmar que el discurso kirchnerista, centrando su programa en el concepto de “viabilidad”, *absuelve* al capitalismo en tanto capitalismo por tres razones: porque concibe la crisis del capitalismo nacional como el resultado de una mala administración, porque hace del capitalismo una naturaleza humana, y porque recupera una memoria del Estado de bienestar del peronismo clásico, que hace las veces de ejemplo nacional de la combinación exitosa entre capitalismo y buena vida.

1. INTRODUCCIÓN

La «refundación» kirchnerista se inscribe en la larga lista de discursos presidenciales que ha intentado definir una *frontera política* entre un pasado demonizado, que se requiere aún visible y presente, y la construcción de un futuro venturoso que emerge como la contracara *vis à vis* de ese pasado que se pretende dejar atrás. A propósito de ello, nuestro objetivo en esta comunicación es esbozar una descripción del modo en que, a partir de un proceso discursivo, el kirchnerismo define, reformula y construye durante su primer año de gobierno *una gramática capitalista después de una crisis capitalista*; esto es, cómo logra marcar un efecto de frontera con la Argentina neoliberal sin abandonar en lo sustancial – incluso más, adhiriendo a– el sistema capitalista que la ha caracterizado y cuya consecuencia más evidente ha sido la crisis de 2001.

Nuestro interés por los discursos públicos de Néstor Kirchner como subgénero del discurso político como tipo discursivo se debe a que éste permite explicar en alguna de sus dimensiones constitutivas el funcionamiento de un sistema político, cualquiera sea su origen, su institucionalidad y su eficacia gubernamental. Los discursos políticos involucran procesos identificatorios que dan cuenta de las prácticas e imaginarios sociales de una comunidad determinada: su sentido histórico, sus valores, sus movilizaciones en función de objetivos e ideales, su identidad como pueblo, sus modos de representación y delegación, el modo habitual de articular eficazmente sus demandas.

El fenómeno político sería, en este sentido, el resultado de varios componentes: políticos, sociales, jurídicos, morales y psíquicos. La pregunta por qué es un discurso político o una *palabra política* tiene una variedad de respuestas posibles y, sin lugar a dudas, está ligada al modo en que interactúan estos componentes en una coyuntura histórica. En “los discursos políticos –al decir de Elvira Arnoux (2008:90)– las subjetividades que se construyen habilitan los procesos identificatorios que dan forma al cuerpo social y lo movilizan en torno a objetivos, propuestas o consignas. De allí el interés que presenta tanto el análisis de estas instancias mediadoras de las prácticas políticas como la indagación acerca de sus vínculos con los procesos sociales en marcha que les asignan su sentido histórico”.

Desde nuestra perspectiva, y espero sea éste nuestro aporte a esta mesa en particular y a las Jornadas de Sociología en general, una dimensión importante de la construcción de hegemonía política en la Argentina de la post-crisis se juega en el modo en que el discurso kirchnerista, dicho en un sentido amplio, ha logrado articular en su favor acentos ideológicos de variada y a menudo contradictoria procedencia. El presente texto, en razón de lo anterior, tiene por finalidad exponer el carácter fundacional del discurso kirchnerista, entendido como un aspecto medular a través del cual la figura presidencial se inscribe en una particular

instancia política nacional, en relación de filiación con memorias discursivas de diferentes interdiscursos¹.

La investigación realizada nos permite afirmar que el discurso kirchnerista, centrandolo su programa en el concepto de “viabilidad”, *absuelve* al capitalismo en tanto capitalismo por tres razones: porque concibe la crisis del capitalismo nacional como el resultado de una mala administración, porque hace del capitalismo una naturaleza humana, y porque recupera una memoria del Estado de bienestar del peronismo clásico, que hace las veces de ejemplo nacional de la combinación exitosa entre capitalismo y buena vida.

Nuestro plan es el siguiente: en primer lugar, procuraremos dar cuenta de los mecanismos por los cuales Néstor Kirchner delimita, a partir de la refundación, espacios de memoria y espacios de olvido, efectivos en el despliegue de un relato de identidad nacional que tiene su origen en los «patriotas fundadores» y los «pioneros inmigrantes» y su destino en el capitalismo nacional del kirchnerismo; en segundo lugar, y en sintonía con lo precedente, intentaremos esbozar ciertos aspectos de la búsqueda de reconstrucción de la hegemonía política en una instancia de crisis del capitalismo nacional, haciendo visibles los modos en que la refundación propuesta por el discurso kirchnerista actualiza vestigios interdiscursivos eficaces en la construcción de un colectivo de identificación más amplio, así como de modo análogo se aviene a garantizar la convivencia *natural* del capitalismo y la democracia, conjugando en un marco normativo positivo el funcionamiento eficaz del mercado con la calidad de vida de los argentinos.

2. LA CRISIS, EL ENIGMA, LA IDENTIDAD NACIONAL

Los gobiernos argentinos –sea cual fuere la legitimidad de su origen y la convicción en sus aspiraciones– suelen darle un peso determinante a lo que podríamos denominar la tópica² nacional de la ‘promesa incumplida’: la relación inversamente proporcional entre la

¹ El concepto de memoria discursiva es utilizado para designar redes de filiación histórica que organizan lo decible, dando lugar a procesos de identificación a partir de los cuales el sujeto encuentra las evidencias que legitiman su decir. Es el espacio de los efectos de sentido que constituyen para el sujeto su realidad, en cuanto representación imaginaria (y necesaria) de su relación con el real histórico, en el cual él está inserto (Zoppi Fontana 2004:3). Las memorias discursivas operan como regímenes de enunciabilidad, matrices de inclusión y de exclusión de enunciados que determinan lo que puede o no ser dicho desde diferentes posiciones ideológicas (Vitale 2007:165). Se habla de efecto de memoria para designar la *presentificación* intradiscursiva (como presencia y como ausencia) de vestigios del interdiscurso en el que sujeto se inscribe como enunciadore, y que son los resultantes de alteraciones, antagonismos y alianzas entre formaciones discursivas. Efecto de memoria es efecto de evidencia, en tanto se presenta subrepticamente como relación única y posible con dicho real histórico. Desde esta perspectiva, puede ser tanto el retorno de lo dicho como su represión, es decir la repetición, la refutación pero también el olvido de los enunciados. Si tenemos en cuenta la definición de Jean Jacques Courtine (1981), memoria discursiva es el modo de designar el hecho de que toda producción discursiva acontece en una coyuntura dada y coloca en movimiento formulaciones anteriores ya enunciadas.

² Por tópica hacemos referencia a configuración estable formada por varios motivos que reaparece con frecuencia en determinado tipo de discursos (cf. Ducrot & Todorov 2003 [1974]:257). Según el *Diccionario de análisis del discurso* (2005:558), una tópica “es un sistema empírico de recolección, producción y tratamiento de la **información** con finalidades múltiples (narrativa, descriptiva, argumentativa), sobre todo prácticas, que funciona en una comunidad cuyas representaciones y normas son relativamente homogéneas. Las tópicos expresan una ontología popular que oscila entre lo cognitivo y lo lingüístico” (en negritas en el original).

experiencia de una decadencia progresiva y el mito de un origen y destino gloriosos (cf. Armony 2002, 2004; Zoppi Fontana 1993).

La crisis argentina de 2001 fue, además de política e institucional, una crisis de las concepciones nacionales de identidad: ¿qué es la Argentina?, ¿qué debe ser?, ¿qué está destinada a ser?, ¿cuál es su proyecto de nación? Existe una convicción casi atávica, a guisa de naturaleza nacional, de que nuestro país está destinado a integrar el reducido conjunto de grandes Estados. Desde el proyecto liberal de la Generación del 80 hasta el ‘Primer Mundo’ menemista, el lugar común de la gran nación recorrió el ideario político argentino. El verdadero país existiría en el futuro, y la Argentina actual se nos aparece como una versión disminuida de su destino.

La ‘promesa incumplida’ constituye el quid de lo que Víctor Armony (2004) llama “el enigma argentino”: ¿por qué el país nunca ha conseguido estar al nivel de sus propias expectativas? Los argentinos viven encerrados entre la grandeza de su pasado mítico y la grandeza de su futuro, penando por la crisis que recorre a diario sus existencias (Armony & Armony 2005:45): en el ‘granero de mundo’ hay miles de personas que mueren de hambre, en el país de las ‘capas medias ilustradas’ las escuelas públicas se caen a pedazos. El enigma nacional no es más que la expresión de ese desencuentro, y el interrogante de esa postergación. Por un lado, condensa una narrativa del *ser nacional*: ‘este país debe ser..., este país será..., este país está condenado a ser..., porque *esencialmente* ya lo es’; por el otro, dispone en escena dos figuras simétricas de la ilusión creada por la idea de identidad: el proyecto y el destino, inmutabilidad y necesidad del sujeto histórico³.

La incertidumbre en torno a la identidad nacional que la ‘promesa incumplida’ pone en escena ha tenido un enorme peso en la configuración de los discursos políticos argentinos, hasta el punto de poder ser analizados en las épocas más diversas por su (in)eficacia para resolver tal enigma. Ante la frustración repetida y creciente de gran parte de la población, ante el agotamiento reiterado de un modelo político y económico, el deseo de comenzar todo de nuevo penetra constantemente en las fibras más hondas de la performance política. Yrigoyen, Perón, Alfonsín, Menem, Kirchner; todos ellos han tenido proyectos que movilizaron a gran parte de la población en torno a objetivos, propuestas y consignas a menudo diferentes e incluso opuestos. Pese a esto, el postulado de una ruptura absoluta, de una renovación total, ha permanecido inalterable a lo largo de los años⁴. La (re)fundación parece haber sido, por

³ La idea de la ilusión identitaria está tomada de Étienne Balibar (en Briones 1994:115), quien afirma: “Así la formación de la nación aparece como la culminación de un proyecto en el que hay diferentes estadios y momentos para la auto-conciencia, momentos que ‘calzan’ en un patrón semejante de auto-manifestación de la ‘personalidad nacional’. ‘Proyecto’ (es decir, el paso entre generaciones de una substancia invariante) y ‘destino’ (el concebimos como la culminación de un proceso que se ve como el único posible) son las dos figuras simétricas de la ilusión creada por la idea de identidad”.

⁴ Este afán de ruptura ha sido designado por Natalio Botana bajo el título de *regeneracionismo*. Según el autor (2006:34), el “deseo de poner a nuevo un orden injusto y además agotado, recaló constantemente en nuestro desenvolvimiento político. La esgrimió, como apuntamos más arriba, Hipólito Yrigoyen, pero también lo hizo Juan Domingo Perón. Para nuestro regeneracionismo, esta manera de concebir la política suponía una dicotomía y una voluntad de refundación. Yrigoyen anteponía ‘la causa’ del radicalismo a un régimen ‘falaz y descreído’,

ello, una garantía discursiva de ese universo político original: volver a fundar la patria, perpetuar discursivamente el momento de la fundación.

3. UNA DE LAS DOS ARGENTINAS HA DE HELARTE EL CORAZÓN...

Los aires de «refundación» kirchneristas se inscriben en la tónica de la ‘promesa incumplida’ y provocan una ilusión de continuidad y ruptura con la tradición política nacional: por un lado, la memoria de una gran nación que encuentra su origen en los «patriotas» y «padres fundadores» y su cenit en el justicialismo de Perón, y, por otro, la voluntad de un cambio absoluto que revierta las tendencias neoliberales de los últimos treinta años y recupere aunque sea en parte y *modernizado* lo más auténtico, lo más verdadero y lo más puro de la identidad perdida por la crisis social.

La «refundación» refiere en el kirchnerismo al ánimo ‘fundacionalista’ que Aboy Carles (2003) le adjudica a todo discurso político, en la medida en que se presenta como una ruptura radical con el pasado –que es interpelado desde la óptica hegemónica– y como la introducción de una novedad, como la fundación de un modelo nuevo o reformulación de un modelo anterior. Tres momentos discursivos –que Charaudeau asocia a la definición misma de lo político (2009:263)– parecerían caracterizar este escenario social: la descripción de una *situación juzgada desastrosa* y de la cual el ciudadano es la primera *víctima*, la determinación de la *fuerza del mal* y sus responsables, y el anuncio de la solución y de aquel que puede garantizarla. En otros trabajos, vimos en detalle estos procesos y la conformación de un campo político en el que Kirchner se ofrecía como garante de una serie de valores (honestidad, realismo, humanidad, etc.) que la excepcionalidad de la situación prescribía, determinando un mundo ético contrario en todo a esa *forma vacía* adversativa que resultaba la «vieja Argentina». La «nueva Argentina» compendia interdiscursivamente las presencias continuistas y rupturistas que hacen al discurso de Kirchner, y define un dominio de memoria⁵ en el que se exaltan valores que abrevan en un imaginario mítico del país (las luchas por la independencia, la fundación del Estado / Nación, la Argentina del Centenario, la Argentina peronista) y se desacreditan aquellos que hacen al más crudo neoliberalismo finisecular (especulación, exitismo, desocupación, clientelismo, exclusión social e institucional, inhumanidad, frivolidad). Dentro del discurso kirchnerista, la cifra de este gesto fundacional es la idea de «cambio»:

Cambio es el nombre del futuro (25 de mayo de 2003)

que se había desarrollado en el país desde, por lo menos, la presidencia de Juárez Celman; Perón confrontaba la penuria social, la entrega económica y el engaño del fraude durante ‘la década infame’ con la feliz instauración de una ‘nueva Argentina, justa, libre y soberana’”.

⁵ Un dominio de memoria implica enunciados en filiación, génesis, transformación, continuidad y discontinuidad históricas, es decir derivaciones para el acontecimiento que irrumpe, de sentidos ya fijados en memorias discursivas.

Cambio profundo significará dejar atrás la Argentina que cobijó en impunidad a genocidas, ladrones y corruptos mientras condenaba a la miseria y a la marginalidad a millones de nuestros compatriotas. (25 de mayo de 2003)

Cambio profundo es la Argentina que **comenzamos a parir entre todos**. (1 de marzo de 2004)

Este «cambio» se representa invariablemente como el producto de un esfuerzo y resume el antagonismo que el kirchnerismo hace constitutivo de su palabra:

Estamos ante una Argentina que lucha por nacer y una Argentina que agoniza y lucha por volver. (11 de diciembre de 2003)

Estamos entre **una Argentina que nace y una Argentina que agoniza**. Debemos **sepultar** definitivamente un **modelo** político y económico (...) (11 de diciembre de 2003)

Hay **una Argentina residual**, destruida por las huellas de lo que nos pasó, la que queremos superar. Y está **la Argentina de nuestros sueños**, la que queremos construir, la que estamos construyendo. Ese debe ser el **Proyecto Argentino**. (1 de marzo de 2004)

Estas dos Argentinas no son dos momentos diferentes de un mismo proyecto, ni el pasaje de un modelo a otro. Son formas nominalizadas con una cierta autonomía semántica respecto del contexto discursivo, que operan como fórmulas relativamente aisladas y que tienen por función simbolizar en oposición el mundo ético del kirchnerismo («la nueva Argentina») y el mundo ético de sus adversarios («la vieja Argentina»). Por «vieja Argentina» el discurso kirchnerista entiende el «proyecto político» del último cuarto de siglo. El país de los enemigos, la «Argentina que agoniza», representa un «modelo político y económico» que fue impuesto por la última dictadura militar, que alcanzó su plenitud durante el menemismo y que tuvo su colapso en 2001:

(...) quería compartir la puesta en marcha de este parque industrial que tiene un símbolo profundo para dejar atrás esa **vieja Argentina** que hasta hace muy poco tiempo **martirizó** a todos los argentinos en el marco de la conducción y el proyecto político que tuvo este país lamentablemente **de manera fundamental en la última década del 90, pero que se inició en el marco de 1976 hasta la explosión del 2001**. (21 de agosto de 2003)

La experiencia colectiva del martirio que el discurso kirchnerista liga con «esa vieja Argentina» es un modo de consumir la persuasión de la ciudadanía: Kirchner se dirige a «todos los argentinos» en nombre de la memoria, buscando un contrato en el orden del saber. El recuerdo es una forma de la interpelación, y el relato histórico cobra la dimensión de un compromiso que el pronombre «esa» no hace más que actualizar en la presuposición de lo ya conocido. La recuperación de la historia —es sabido— está siempre asociada a la legitimación del orador. La memoria tiende a colocar a los argentinos en la situación de víctimas («martirizó») y a generar desde ese lugar las bases para lo que Kirchner denomina en su discurso de asunción la «simbiosis histórica»:

Sabemos que los compromisos de reconstruir la justicia y una Argentina para todos los argentinos no es tarea fácil, pero estamos absolutamente comprometidos y decididos a hacerlo con el trabajo cotidiano y con la fuerza de todos los días, con ese viento del frío y del Sur y con esa potencia espiritual de todos los argentinos para ver si en esa **nueva simbiosis** volvemos a **reconstruir** esa potencialidad, ese **gran marco que tuvo siempre** la Argentina para poder darse a sí misma el tiempo que como **argentinos nos merecemos**. (25 de mayo de 2003b)

La «nueva simbiosis» recupera todo aquello que constituye la tónica nacional de la ‘promesa incumplida’: «esa potencialidad», «ese gran marco», la Argentina que «como argentinos nos merecemos», y que resulta funcional a la reconstitución simbólica de la pertenencia a una nación. La apuesta por la «simbiosis» redonda en una doble estrategia: por un lado, confronta pasado y futuro, origen y destino; por otro, articula el espíritu de la «refundación» con el mundo de valores positivos que el kirchnerismo se adjudica a sí mismo como fuerza política (la convicción, la honestidad, la seriedad, la humildad, el realismo, la justicia). Al confrontar lo que Balibar llama “las dos figuras simétricas de la ilusión”, el discurso presidencial hace de su tiempo el momento de la venida de la Historia a reunirse con el «futuro», en tanto éste se nos presenta como un *pasado postergado* por la «vieja Argentina».

4. LOS SUEÑOS, EL BIENESTAR

La «refundación» kirchnerista se inscribe en el relato nacional a partir de la recuperación discursiva como deixis fundadoras⁶ de dos momentos fuertes de la historia argentina: el de la *organización* decimonónica y el del *bienestar*, que legitiman con su presencia la vocación de «cambio» del orador. En primer lugar, la lucha de los próceres patrios (San Martín, Moreno, Belgrano) y el tiempo de la organización del Estado / Nación, cuyo símbolo máximo sería la llegada de grandes masas inmigratorias de origen europeo. Se trata de la etapa de los «patriotas fundadores» (25/05/03), los «pioneros» (25/05/03) y los «abuelos inmigrantes» (08/08/03)⁷. En segundo lugar, lo que podríamos denominar la *Patria Peronista*, el momento de incorporación de la ingente masa obrera al Estado nacional (cf. Murmis & Portantiero 2004). Si el valor de la primera puede entenderse bajo la óptica de

⁶ Denominamos ‘deixis fundadoras’ –siguiendo la propuesta de Maingueneau (1987:29)– a las situaciones de enunciación anteriores que la deixis actual utiliza para la repetición y de la cual obtiene buena parte de su legitimidad. La inscripción elocutiva en los vestigios de otras deixis, cuyas historias se instituyen o captan a favor, resulta una condición primordial del enunciador para enunciar de forma legítima.

⁷ La continuidad de estas deixis fundadoras puede ser pensada en un lapso temporal incluso mayor: las inmigraciones masivas que comenzaron a fines del siglo XIX y se extendieron hasta las primeras décadas del siglo XX fueron el resultado de una política inmigratoria diseñada por los propios «patriotas fundadores». El “Gobernar es poblar” de Juan Bautista Alberdi tendría aquí todo su sentido. Al mismo tiempo, esa política estuvo anclada en una concepción por lo menos generosa de la grandeza argentina, que expresiones como el “granero del mundo” o “la Francia de América” no hacían otra cosa que evidenciar. El tiempo de los fundadores y los pioneros fue también el tiempo de *soñar una gran Nación* porque se trataba de *realizar su grandeza*. En este sentido, toda (re)fundación de la Argentina supone administrar con criterio esas riquezas naturales y humanas, en pos de concretar el destino soñado cuya incertidumbre no aparece más que como una postergación.

aquellos rasgos que definirían en gran medida la fisonomía de la Argentina moderna, la deixis del bienestar debe interpretarse a la luz de lo que ésta significa en el discurso de Kirchner: la realización plena de la grandeza que la fundación patria auguraba, luego truncada por el modelo político y económico que la «vieja Argentina» al cabo representa.

La «refundación» articulará en el discurso kirchnerista ambas filiaciones, a partir de un vínculo productivo entre los efectos de memoria del discurso de la organización nacional (abundancia, grandeza, potencialidad) y del discurso del bienestar (derechos sociales, presencia estatal, pleno empleo). De la singular confluencia, el kirchnerismo extrae su solución histórica: el «país que nos merecemos» es el que alguna vez tuvimos y «fue la alegría de nuestros abuelos y nuestros padres» (10/02/04):

Vengo, en cambio, a proponerles un sueño: **reconstruir nuestra propia identidad como pueblo y como Nación**; vengo a proponerles un sueño que es la construcción de la verdad y la Justicia; **vengo a proponerles un sueño que es el de volver a tener una Argentina con todos y para todos**. Les vengo a proponer que recordemos **los sueños de nuestros patriotas fundadores y de nuestros abuelos inmigrantes y pioneros, de nuestra generación** que puso todo y dejó todo pensando en un país de iguales. Pero sé y estoy convencido de que en esta simbiosis histórica **vamos a encontrar el país que nos merecemos los argentinos**. (25 de mayo de 2003)

La serie «patriotas fundadores», «abuelos inmigrantes y pioneros» y «generación» marca en el discurso kirchnerista la homologación atemporal de los «sueños» y su progresiva aunque parcial realización histórica. Por un lado, los «sueños» de la gran nación integran un relato que nace con los patriotas fundadores, organiza el horizonte de expectativas de los inmigrantes y pioneros y alcanza su impronta socialista con el «país de iguales» de la generación setentista. Por otro lado, esta militancia aparece no sólo como la heredera de esos «sueños» sino además como la culminación efectiva del proyecto ideado en los albores de la patria y cuyo exponente último y máximo fue el peronismo. La tónica de la ‘promesa incumplida’ se actualiza como una realidad devastada. Para el discurso de Kirchner, y es ésta quizás su singular novedad y fortaleza, la Argentina «que nos merecemos» no es la que existe puramente en el origen o en el destino de grandeza sino la que existió realmente alguna vez y ahora debemos hacer de vuelta:

(...) pongamos nuestro esfuerzo y **hagamos de vuelta una gloriosa, una gran nación** que nos contenga a todos los argentinos. (26 de julio de 2003)

El kirchnerismo encarna en su discurso la ‘promesa incumplida’ porque fue su generación la que estaba destinada a cumplirla. Éste es el centro neurálgico de la postergación que representa y de la clausura que realiza. Luchar por la identidad argentina significa soñar una reconstrucción identitaria, soñar la vuelta a una Argentina «con todos y para todos»,

recordar los sueños de patriotas, pioneros y militantes setentistas⁸ y encontrar, por ende, la Argentina merecida. La presencia de estos preconstruídos⁹ muestra a las claras los efectos de memoria del discurso kirchnerista al momento de inscribirse en la tradición política argentina. Como discurso de «refundación», el kirchnerismo está configurado por tres metáforas, la de la *fundación*, la del *sueño*, la de la *pérdida*, que son a su vez efectos de dos discursos, el de la organización nacional y el del bienestar. Veamos los siguientes fragmentos:

Amar nuestra bandera es terminar definitivamente con la mezquindad de la pelea política corta, para volver a **refundar nuestra querida Patria y honrar a nuestros abuelos, a nuestros pioneros, a nuestros patriotas y a todos aquellos que dejaron y dieron su vida** por consolidar una Argentina con justicia y con equidad. (20 de junio de 2003)

Así, paso a paso y sin descanso, paso a paso, día a día; así como el pueblo argentino, los empresarios, los trabajadores, los estudiantes, con todos, **iremos modelando la nueva Argentina que soñaron nuestros abuelos, nuestros pioneros, inmigrantes y tozudos.** (18 de noviembre de 2003)

Nosotros queremos una Argentina integrada y solidaria, queremos realmente demostrarnos a nosotros mismos, demostrarles a todos los argentinos y al mundo entero que este país **se puede volver a reconstruir**, que en esta Argentina podemos **recuperar** los valores perdidos, que en esta Argentina podemos recuperar las cadenas de la solidaridad, que en esta Argentina podemos recuperar las instituciones, que en esta Argentina **podemos recuperar la equidad, la justicia y la dignidad perdida** por muchos motivos. **Perdida porque es un país que se fue construyendo hace 30 años desde el punto de vista económico con un marco estructural absolutamente injusto**, perdida porque hubo una dirigencia a la que le ha faltado coraje y valor -a alguna parte de esa dirigencia- para tomar las determinaciones que hay que tomar. (27 de junio de 2003)

Queremos un país estable, un país con competitividad, un país con inclusión social, en suma, queridos amigos, queremos **un país con producción, trabajo, crecimiento económico y justicia social.** Esa es la Argentina que nosotros **soñamos** construir. (28 de mayo de 2003)

Recuperar el progreso social y la perdida movilidad ascendente, recuperar la producción, el trabajo, generar riqueza y distribuirla con justicia, son bases fundamentales para **construir una nueva y gloriosa Nación** que hoy nos convoca. (29 de mayo de 2003)

Las metáforas de la fundación («refundar», «nueva Argentina», «volver a reconstruir», «construir una nueva y gloriosa Nación») y el sueño («soñaron nuestros abuelos...», «esa es la Argentina que soñamos construir») están atravesadas en el discurso kirchnerista por la metáfora de la pérdida que la semántica de la recuperación presupone: «recuperar los valores perdidos», «recuperar las cadenas de la solidaridad», «recuperar las instituciones», «recuperar

⁸ Un dato importante del contexto –explica Julio Godio (2006:39)– es que sobre doce ministros, diez tenían al momento de la asunción una edad comprendida entre los 48 y los 55 años, y sólo dos superaban los 60 años (Ginés González García y Roberto Lavagna). El gabinete, por lo tanto, expresaba desde su promedio etario un cambio generacional. Sin embargo, huelga decirlo, cuatro de los miembros claves del Gabinete integraban el gobierno provisional de Duhalde: Roberto Lavagna (Economía), Aníbal Fernández (Interior), José Pampuro (Defensa) y Ginés González García (Salud).

⁹ Por preconstruído entendemos la huella en un enunciado de un discurso anterior. Éste genera una sensación de evidencia por cuanto ‘ya fue dicho’, habiéndose olvidado quién era su enunciadador (cf. Pêcheux 1988).

la equidad, la justicia y la dignidad perdida», «recuperar el progreso social y la pérdida movilidad ascendente», «recuperar la producción, el trabajo». Estas metáforas se articulan con significantes propios de la organización nacional (la apelación constante a entidades del imaginario social como «nuestros pioneros» y «nuestros patriotas») y del bienestar («producción», «trabajo», «progreso social», «justicia social», «movilidad ascendente»), dando por resultado una redefinición de la tónica de la ‘promesa incumplida’: la Patria del bienestar fue la realización de la promesa fundacional, destruida luego por «un país que se fue construyendo hace 30 años desde el punto de vista económico con un marco estructural absolutamente injusto».

En el discurso kirchnerista los valores míticos de la organización nacional se engarzan con valores heredados de la tradición justicialista, dando por resultado un *sueño realista*: soñar con volver a ser lo que alguna vez fuimos. La continuidad de «los sueños» desde los padres fundadores hasta la generación setentista a la que el gobierno se adscribe tiene su correlato más acabado en la Patria del bienestar. La Argentina que «soñamos construir» es un país en el que los valores positivos remiten mayormente al imaginario justicialista de Perón: realismo, trabajo, justicia social, heterodoxia (o transversalidad), fortaleza, solidaridad, un cierto nacionalismo. El discurso de la organización nacional y el discurso del bienestar se constituyen, en tanto memorias discursivas, como discursos fundadores de la enunciación kirchnerista¹⁰. Son presencias interdiscursivas que otorgan a Kirchner por su filiación una prueba mnemónica de legitimidad¹¹, produciendo, como efectos necesarios, las metáforas de la fundación y los sueños y también la metáfora de la pérdida, base de un discurso que debe y se debe *refundar* en la paramnesia de un futuro.

Mucho se ha dicho acerca de las metáforas de la fundación y los sueños (cf. Zoppi Fontana 1993, Armony 2002, 2004), ya que constituyen –como dijimos– presencias recurrentes de los discursos presidenciales argentinos. La metáfora de la pérdida merece, sin embargo, una atención especial, dado que hace a la especificidad del kirchnerismo. La metáfora de la pérdida es la que fija en un escenario preciso el carácter real de la fundación y los sueños, al ligarlos eficazmente con una memoria del bienestar. Ésta funciona como anclaje

¹⁰ Acerca de los discursos fundadores, Eni Orlandi (en Mariani 1998:41) afirma que son discursos que, en relación a la historia de un país, funcionan como referencia básica en su imaginario constitutivo. Son espacios de identidad histórica, memoria temporalizada, que se presenta como institucional y legítima. Desde esta perspectiva, podría decirse que existe en el imaginario argentino un antes y un después del proyecto peronista. De ahí que el peronismo pueda articularse como discurso fundacional para el discurso político argentino, como un discurso institucionalizado en su propio conflicto y, por tanto, plausible de ser *presentificado* como constitutivo de una identidad nacional, aun cuando esta presentificación no sea más que una polémica reducida al capricho de un ejercicio unilateral. En una entrevista para el matutino *Página/12*, Daniel Link exponía, en referencia a la persistencia de un imaginario peronista en la literatura argentina, una idea paralela a la aquí expuesta: “Es prácticamente imposible prescindir, en términos de una concepción o una definición de lo político, del imaginario del peronismo. El imaginario político argentino coincide con el peronismo, por adhesión o por rechazo” (Link 2008).

¹¹ Hacemos referencia a la memoria colectiva en los términos en que la define Alberto Rosa (2006:45-6) como “todo un imaginario que hace resonar en cada uno los mismos significados, las mismas sensaciones, lo que nos permite vivir en el *nosotros*, distinguiéndonos de los *otros*”.

del discurso de la organización nacional y actualiza la potencia original en la crasa mitología del peronismo: la Argentina que perdimos *es* la Argentina del bienestar, y esa Argentina fue la encarnación trunca de los sueños¹². Al delimitar dominios de la memoria, que resultan, en suma, escenografías de un nosotros, Kirchner no sólo recupera una Argentina mítica asociada a la organización del Estado moderno nacional, sino que se inscribe también en otra Argentina mítica, que es la Patria Peronista¹³. Ésta fue la Argentina de los sueños y la encarnación provisoria, por ende, de la mismísima identidad nacional. De allí que la Argentina soñada, la Argentina merecida, la Argentina del futuro sea a la que hay que volver:

Sé que con ustedes vamos a ir construyendo lo que nos dijeron que no se podía construir aquellos que nos decían que la Argentina tenía que vender todo, **que tenía que dejar de ser ese gran país industrial, del trabajo nacional, que es lo que nosotros tenemos que volver a construir con todas nuestras fuerzas.** (3 de julio de 2003)

Tenemos que **volver a planificar y ejecutar obra pública en la Argentina...** (25 de mayo de 2003)

Queremos recuperar los valores de la solidaridad y la justicia social (...) (25 de mayo de 2003)

En materia de equipamiento, se aprobó el contrato con Lockheed Martin Argentina de concesión para el mantenimiento de **la flota de aviones y desarrollo del avión Pampa**, concretando la creación de un polo tecnológico aeronáutico, disponiendo la aplicación del sistema “Compre Trabajo Argentino”, **retornando nuestro país a un mercado de tecnología de punta.** (1 de marzo de 2004)

Nuestra economía debe orientarse centralmente a crecer y **reinstalar la movilidad social ascendente que caracterizó a la Argentina.** (1 de marzo de 2003)

(...) veo los carteles de las distintas organizaciones y veo a los trabajadores argentinos con ganas y con fuerzas para empujar a la Argentina para adelante y sé que nuevamente, **como en aquellos tiempos**, los trabajadores argentinos van a ser el corazón vivo del crecimiento de la Patria. (22 de diciembre de 2003b)

La semántica de la «refundación» alude en el discurso kirchnerista al imaginario del peronismo histórico, haciendo del «cambio» una suerte de restauración. El proyecto de Kirchner es recuperar «ese gran país industrial», con «justicia social», con «movilidad social ascendente», con «un mercado de tecnología de punta», con aviones Pampa, con «trabajadores argentinos», que no es otro que la Argentina peronista del bienestar. De allí que la convocatoria del kirchnerismo sea a construir un futuro que fue postergado, un futuro que

¹² Esta superposición entre la Argentina de los sueños y la Patria Peronista conforma gran parte del imaginario popular en torno al *Welfare State* de Perón. En palabras de Juan Carlos Portantiero (en Natanson 2004:46), “El peronismo, en el imaginario popular, se sustenta en que fue la forma histórica que encontró la Argentina para crear una sociedad más justa”.

¹³ En una entrevista para *Página/12*, Ernesto Laclau (2005) responde en este sentido acerca de la pregunta si el kirchnerismo intenta recuperar el discurso del peronismo histórico: “Hay un intento de construir un discurso político alrededor de ciertos significantes centrales que vienen del ’45, como ‘Patria’ y ‘Pueblo’. Pero el país ha cambiado mucho desde entonces”.

de no ser hubiera sido¹⁴, y que la inscripción generacional del enunciador representa en la continuidad de los sueños desde la fundación nacional hasta la ‘Patria Socialista’¹⁵. Ir a la Argentina del futuro es volver a la Argentina anterior al último golpe militar: una Argentina de intelectuales, trabajadores y estudiantes, una Argentina donde los hijos estaban mejor que los padres:

(...) **volver a esa Argentina** en la que admirábamos y mostrábamos a nuestros intelectuales, a nuestros trabajadores y a nuestros estudiantes. Yo sé que **esa Argentina es** la Argentina del futuro”. (25 de noviembre de 2003)

Yo sé que vamos a seguir trabajando para el crecimiento global de todo el país y también sé que hay muchos hermanos que están sin trabajo, pero no podemos salir de un día para otro y vamos a estar solidariamente acompañándolos hasta que consigan trabajo, ese trabajo digno que les permita reconstruir sus familias y **pensar como pensábamos en aquellos tiempos del General**, cuando **sabíamos que nuestros hijos iban a estar mejor que los padres**. Esa es la sociedad que nosotros queremos. (22 de diciembre de 2003b)

La «Argentina de los sueños» y la «Argentina que nos merecemos» convergen dentro del kirchnerismo en la Argentina del bienestar. Este «modelo de bienestar» sugiere en el discurso kirchnerista no meramente un patrón económico («la industrialización en base a la sustitución de importaciones») sino además una conducta política y cultural (un «país en marcha» tras un objetivo), un transversalismo *avant la lettre*, que contrasta con los enfrentamientos internos que caracterizaron a los proyectos políticos posteriores. La memoria del buen pasar económico y la heterodoxia política son ecos de la noción de bienestar que el kirchnerismo recupera en su favor. El fin de la «postergación» (11/12/03) que la «refundación» kirchnerista expresa obra tanto en lo económico como en lo político. El avasallamiento de la «generación» del locutor fue, de algún modo, la postergación de la realización del sueño cuya continuidad el propio discurso presidencial había destacado, y esa

¹⁴ Kirchner considera que la última dictadura militar significó una ruptura total con la etapa del peronismo clásico (1945-1974). Semejante posición *olvida*, sin embargo, la coherencia entre la doctrina de la “Nación en armas” del último gobierno peronista y la “Doctrina de la Seguridad Nacional” del Proceso. Como lo advierte León Rozitchner en *Perón: Entre la sangre y el tiempo* (2000:58): “Con el correr del tiempo y el incremento de la resistencia popular la doctrina de la ‘nación en armas’ pasará de la hipocresía al cinismo: se convertirá en doctrina de la ‘seguridad nacional’. El enemigo exterior será suplantado directa y claramente por el propio pueblo a reprimir convertido explícitamente en enemigo interior. Perón es el primero que plantea el problema de la seguridad nacional: como ‘política’, para obtenerlo por las buenas o como ‘guerra’, para obtenerlo por las malas. La política militar, y el terror, no hacen sino prolongar lo que estuvo presente en él desde la fuerza militar”.

¹⁵ La letra del *Himno de la victoria*, publicada en el número 2 de *El Descamisado*, permite apreciar cómo se borran las fronteras entre la Patria peronista y la Patria Socialista, y cómo la Patria Socialista se resuelve como el colofón necesario del peronismo:

“Hasta que el sol partido en una hostia
se nos entre por la boca y proclamemos
a la tierra nuestra Patria Socialista
a la tierra nuestra Patria Peronista
a la tierra nuestra Patria Libre, Justa y Soberana”

postergación fue ya no la de un destino de grandeza sino la de una realidad tempranamente provisoria¹⁶.

La postergación de los sueños de la generación kirchnerista («nuestra generación») es un corolario de la postergación de los sueños de la Argentina como nación. El enunciador establece una filiación entre los sueños de los «patriotas fundadores», los «pioneros» y su «generación». Sueños que pueden sintetizarse en la vuelta a un «modelo de bienestar»; vuelta que es, por supuesto, memoria *mítica* de ese bienestar¹⁷. En la herencia soñadora de esa «generación», el enunciador conjuga una nación postergada con una generación postergada; de allí que su asunción signifique no solamente una «refundación» (un nuevo comienzo) sino además una conclusión, el fin de una postergación generacional. El discurso kirchnerista articula de esta forma dos narraciones que hasta entonces habían operado en programas separados, generando un mutuo reenvío y reforzamiento: si la generación de los setenta ha sido el último eslabón de un ‘soñar nación’ común, nacido al calor de los «patriotas fundadores» y los «pioneros»; la postergación de la nación soñada ha sido el resultado de la postergación de *su* «generación». «Refundar» la Patria significa poner fin a una postergación, tanto como el fin de esa postergación significa una «refundación» final.

5. KIRCHNER EVITA LA PATRIA SOCIALISTA

La «postergación» nos hace tomar en consideración otro elemento del discurso de Kirchner. Si hasta el momento teníamos en cuenta las memorias de la organización nacional y el bienestar, conviene mencionar ahora que el proyecto kirchnerista se nutre también de una memoria generacional, por medio de la cual el enunciador articula con aquéllas las huellas de la ‘Patria Socialista’ en provecho de su verdad política. Llamaremos a esta filiación *memoria setentista*: es la memoria de una de las dimensiones en las que había desembocado la Patria

¹⁶ Tomando en cuenta la lectura que hace Rozitchner (2000) de la experiencia peronista, esta interpretación de la postergación resultaría cuanto menos falaz. Vale pensar cómo esa realidad postergada no fue otra cosa que una postergación de lo real, dicho esto en un sentido psicoanalítico. Según Rozitchner, la postergación es, por definición, la única realidad para el pueblo: su destino (y, por ende, el de la aquí llamada Patria Socialista) es la postergación. O tiempo o muerte, esas son sus opciones. Dicho esto, la postergación del peronismo no es más que aquello que el peronismo había postergado: la violencia que viene a resolver aquello que la política ya no puede resolver pacíficamente, la explotación del pueblo.

¹⁷ Pablo Alabarces recupera una nota de Beatriz Sarlo, publicada en el diario *Perfil* en 1998 bajo el título “Una comunidad llamada Nación”, que sintetiza algunas dimensiones de esta memoria: “Sarlo recuerda que, trabajosa y muchas veces autoritariamente, nuestra sociedad había construido la ‘comunidad imaginada’ de la que habla Anderson (1993) en torno de ciertas mitologías básicas: ‘Como sea, había Nación. Los argentinos se identificaban con una serie de proposiciones que tenían mucho de mitológico pero también eficacia aglutinadora: frente a la Europa de posguerra, éste era el país de la abundancia, donde se comía como en ningún otro lugar de la tierra; frente al resto de América Latina, éste era el país de la clase obrera industrial, de las capas medias cultas, del consumo más alto de diarios y libros, de la plena alfabetización y del pleno empleo’. El artículo tiene por título “Lo que el Estado no da, el fútbol no lo presta: los discursos nacionalistas deportivos en contextos de exclusión social”. Fue preparado por el autor para el encuentro de *Latin America Studies Association* en el año 1998. Esta cita fue recuperada asimismo en otros textos del autor: Alabarces, P. (2002): *Fútbol y Patria: el fútbol y las narrativas de la Nación en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo, Libros de Confrontación; y Alabarces (2006): “Fútbol y Patria: el fútbol y (la invención de) las narrativas nacionales en la Argentina del siglo XX”. En: *Papeles del CEIC*, vol. 2006/1, papel No. 25, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://www.ehu.es/CEIC/papeles/25.pdf>

Peronista como proceso de inteligibilidad de la totalidad nacional¹⁸. De ella el enunciador trae a colación toda una semántica militante en la que lexemas como «sueños», «convicciones», «ideas», «coraje», los colectivos «compañeros y compañeras», «valores» tienen una presencia recurrente:

Tenemos convicciones, tenemos esperanzas y tenemos sueños. Los argentinos debemos tener convicciones, esperanzas y sueños para inventarnos una realidad distinta para salir del subsuelo. (13 de agosto de 2003)

¿Cuáles son esas «convicciones», «ideas» y «sueños»? No están definidas. Son ausencias que dan cuenta de olvidos y mitigaciones, que despliegan un imaginario, por así decirlo, vacío, que cada uno de sus alocutarios puede llenar como quiere. Para Isidoro Cheresky (en Montero 2008d), “la recuperación del pasado de la militancia en el discurso kirchnerista tiene un carácter ‘formal’: lo que se rescata es la existencia misma de convicciones y valores y la posibilidad de la diferencia como un valor en sí mismo. No es explícitamente el contenido de esas convicciones lo que se intenta recuperar sino el ejercicio de la política como convicción”. En el mismo sentido, Ana Montero (2007a) define a Kirchner como un abanderado de la ‘ética de la convicción’ y asocia su estilo político al imaginario de los setenta, en el que los valores y los ‘ideales’ orientaban la acción política. Este arte de la convicción representa para el enunciador una doble ganancia: por un lado, la renovación de la imagen pública de la clase política, que los nosotros gubernamental y político evidencian («Decíamos... que nos íbamos a abrazar a esas ideas como nos abrazamos con el pueblo», «Es hora que recuperemos nuestra credibilidad... tengamos lo que tengamos que tener»); por otro, el diseño de un espacio de gran eficacia interpelativa que las formas vacías despliegan, destinado a construir colectivos de identificación amplios y transversales (los argentinos: «los argentinos debemos tener», los políticos: «Es hora que recuperemos nuestra credibilidad...»).

El grado de importancia de la memoria *setentista* pasa para nosotros por la doble dinámica de la que participa y a la cual de alguna manera se la somete: en primer lugar, se la hace presente en función de su posible eficacia identificativa en el marco de una renovación necesaria de la imagen de los funcionarios públicos; en segundo lugar, se la reduce y domestica mediante la reformulación *liberal* de ciertos núcleos semánticos¹⁹. Con respecto al

¹⁸ Esta cadena argumentativa actualiza otro preconstruido propio de la generación en la que se inscribe el kirchnerismo, que es la idea de la Patria peronista como Patria socialista. Al respecto, véase *Perón o muerte* (2004), de Sigal y Verón.

¹⁹ El hecho de que la generación setentista sea puesta en una misma serie con la tradición liberal que la Generación del 80 representa, evidencia el tamiz kirchnerista en el relato de la identidad nacional. Al atemperar lo rupturista del setentismo respecto del imaginario liberal de la construcción del Estado-Nación argentino, el enunciador realiza dos (con)torsiones capitales: por un lado, constituye a la Patria Peronista en el vórtice de la identidad nacional, articulando, en tanto experiencia real de la grandeza, el mito de fundación del Estado-Nación asociado a la la Generación del 80 y, en tanto razón de ser, el proyecto de la Patria Socialista; por otro lado, *liberaliza* la Patria Socialista, ligándola a la tradición liberal de la dirigencia de fines del siglo XIX. Más allá de

primero de estos puntos, el enunciador construye un ethos de militante que lo inscribe en una generación, la del setenta, y en una tradición, la del peronismo²⁰:

Recuerdo las noches en que **nos reuníamos** antes del 17 de noviembre del 72 para ir por Turdera a **recibir al general Perón, a enfrentar la represión de aquellos tiempos** que no entendía lo que era el contacto del pueblo con su líder, la democracia, la libertad, la pluralidad, la libertad de consensos, el poder pensar diferente, el poder crear una patria diferente. (28 de noviembre de 2003)

Narra la Patria Peronista a la luz de sus ideales juveniles, sin solicitar la identificación peronista de sus simpatizantes: «el contacto del pueblo con su líder», «la democracia», «la libertad», «la pluralidad», «la libertad de consensos», «el poder pensar diferente». Se trata de la descripción de un universo de valores positivos, abrumado por la «persecución», la «represión» y el «miedo»; el relato de un bienestar en crisis, en el que se destacan los primeros síntomas de la «vieja Argentina».

En cuanto al segundo punto, la semántica de la lucha que el ethos militante de Kircher recupera («enfrentar la represión», «fuimos perseguidos por defender nuestras ideas y hoy estamos compartiendo la conducción de la nueva Argentina», «una generación en la que muchos no están, pero estamos nosotros para llevar la bandera al lugar que corresponde») le ofrece al kirchnerismo una imagen de liderazgo popular, que, sin embargo, debe ser leída también como el eco de la derrota que esa generación sufrió. El kirchnerismo recupera de la militancia una ética pero también la lección final de Perón: la detentación del liderazgo entraña lograr una alianza entre aquellos que ven en el líder al estratega del cambio y aquellos que lo consideran –resignación mediante– como la única posibilidad de pacificación nacional²¹. La derrota de su generación representa para Kirchner un aprendizaje político que la post-crisis dimensionará. Tiene razón Eduardo Rinesi (en Natanson 2004:19) cuando afirma que “Kirchner es un hijo de diciembre de 2001, pero también de 2002”. Su imagen concierta la herencia insurreccional de 2001 y la “pasión restauradora” de la post-crisis, y al hacerlo adscribe su proyecto a un mundo ético en el que la «unidad nacional», la

cuáles hayan sido las expectativas o creencias de la ‘izquierda peronista’ (en todo caso, lo grosero es que Kirchner reivindique esas ‘banderas’ sin reivindicar sus consignas), Perón había sido muy claro en cuanto al capital: ‘Por ejemplo: en la doctrina decimos nosotros que, en el orden económico, la economía no está al servicio del capital, sino que el capital está al servicio de la economía’ (Extracto de *La comunidad organizada, Conducción política*, en Rozitchner (2000:225)). En este sentido, es evidente que la doctrina de Perón sienta tempranamente la idea de una permanencia inmutable del capital.

²⁰ Con respecto al ethos militante de Kirchner, remitimos a los trabajos de Ana Soledad Montero (cf. 2009).

²¹ La figura de unificador de la Patria que Perón ostenta en los primeros setenta debe entenderse a la luz de los cambios producidos en el movimiento en la década del sesenta, especialmente a partir de 1968, como resultado de la confluencia en su interior de vastas fracciones de la clase media, en particular los jóvenes, quienes se movilizan progresivamente en nombre de una versión radicalizada del peronismo, según la cual ‘peronismo’, ‘socialismo’ y ‘lucha antiimperialista’ se vuelven sinónimos, y de sectores de la burguesía y la opinión pública en general, para quienes era el único hombre con el poder de lograr una precaria unidad nacional. Según Sigal y Verón (2004:143-4), “la figura de Perón se vuelve poco a poco la de un posible unificador de la Nación, portador de una solución colectiva pacífica”.

«tranquilidad» y el cese de la «conflictividad social» (11/12/03b) conviven con la potencia del «cambio».

El discurso kirchnerista –como afirma Montero (2009:318)– constituye el primer discurso presidencial argentino que reivindica y se identifica con la militancia juvenil peronista de los años setenta. Nunca antes la práctica política e ideológica de estos activistas y militantes había sido restituida desde la posición de enunciación presidencial. Sin embargo, tal recuperación encierra para nosotros una redefinición *ad hoc* de las demandas militantes y una articulación de éstas con principios más afines a los de un capitalismo globalizado que a los de un socialismo universal. Nociones como la de «consumo» y «consenso» advierten sobre los modos en que la palabra de Kirchner *liberaliza* la Patria Socialista, haciendo de la lucha de la militancia un deseo de democracia liberal:

(...) tenía que estar presente, y voy a estar presente en cada lugar que se recuerde a aquellos que dejaron todo, que pusieron todos sus ideales y que soportaron las cosas más atroces por defender **un país distinto, un país con justicia, un país plural, un país sin corrupción, un país con igualdad social, un país con igualdad de posibilidades**. (28 de noviembre de 2003)

Era el 11 de marzo del 73, una generación de argentinos nos incorporábamos a la vida democrática con la fuerza y el deseo de construir un nuevo país. Después nos tocó vivir tantas cosas, nos tocó pasar tantos dolores, nos tocó ver diezmada esa generación de argentinos que trabajaba por **una Patria igualitaria, de inclusión, distinta, una Patria donde no sea un pecado pensar, una Patria con pluralidad y consenso como el que tenemos hoy aquí**, que el hecho de pensar diferente no nos enfrentara sino por el contrario, nos ayudara a construir una Argentina distinta. (11 de marzo de 2004b)

El modo en que Kirchner ‘llena’ el significado del «país distinto» por el cual su generación luchaba articula la memoria socialista de la militancia («un país con igualdad social», «una Patria igualitaria») con demandas sociales heredadas de la crisis de 2001 («un país con justicia», una Patria «de inclusión», «un país sin corrupción»)²² y con significantes propios del capitalismo contemporáneo («un país con igualdad de oportunidades», «una Patria con pluralidad y consenso»). La combinación convierte al presidente en un *rara avis* del escenario político nacional. Quienes lo acusan de ser un mero continuador de las políticas neoliberales difícilmente podrían justificar dimensiones axiales de su matriz discursiva como la revalorización del Estado, si no es a expensas de lo que María Pía López (2010) denomina la hipótesis de la impostura: la idea de que “una mascarada ideológica” progresista ocultaría los intereses reales del grupo gobernante. Para quienes gustan de ver en su figura la coronación de una izquierda combativa, habría que decir que un «país sin corrupción», un «país con igualdad de posibilidades» y «una Patria con pluralidad y consenso» no parecerían

²² Nociones como dignidad, justicia, autonomía y democracia, tan caras al discurso kirchnerista, recuperan en gran medida las demandas de la movilización social de 2001. Según Ana Dinerstein (2004:257), “Nacieron, en el seno de la acción colectiva misma, nuevas ‘nociones comunes’ tales como dignidad, justicia, autonomía y democracia que, mientras reintroducían el lenguaje y la práctica de la rebelión, a la vez rechazaban el viejo vocabulario de lucha de la izquierda política y del movimiento obrero organizado”.

ser las consignas más representativas de la militancia setentista de izquierda, si tenemos en cuenta que temas como la reforma agraria, el imperialismo (“ese gran ladrón internacional”, dice el número 10 de *El Descamisado*) y la revolución obrera entroncaban la lucha generacional.

Los valores patrios que estas fórmulas kirchneristas recuperan son más propios del discurso internacional de la *governance* que de una memoria setentista. La «corrupción» no era un problema prioritario para quienes querían cambiar de raíz el sistema capitalista, como tampoco era común hablar de «igualdad de posibilidades» dado que no se presuponía la competencia como criterio de justicia. La «Patria con pluralidad y consenso», por otro lado, coloca como objeto de deseo generacional valores que distan con mucho de la naturaleza conflictiva que la juventud setentista adjudicaba a la democracia²³. Nada nos recuerda Kirchner de las disputas entre nacionalismo e imperialismo, ni siquiera de la lucha entre las fracciones del peronismo en torno a la orientación liberal o socialista del nuevo gobierno (cf. Sigal & Verón 2004:144); el enunciador opta, en cambio, por recordar únicamente el símbolo de la postergación, la imposibilidad pasada de realizar lo que su generación quería llevar adelante, «el poder crear una patria diferente», sea cual fuere en los hechos *esa* «patria diferente».

Pluralidad y consenso merecen, en este sentido, especial atención, ya que se presentan como las caras complementarias de la «unidad nacional» que la refundación kirchnerista pretende lograr. La noción de «pluralidad» cumple en el discurso presidencial la función de una forma vacía, como dijimos anteriormente respecto de las convicciones: no importa qué piense cada uno sino el «poder pensar diferente» (28/11/03). Es la defensa misma de esta posibilidad y no la de las ideas la que adquiere en Kirchner un tono reivindicatorio: los 30.000 argentinos que fueron «arrancados de sus casas, de sus trabajos, de la calle, de su militancia» (16/12/03b) «fueron desaparecidos por pensar diferente» (11/03/04b). Sin embargo, sabemos por cierto que la represión no tuvo por objetivo destruir la *posibilidad* de pensar diferente sino la aniquilación sistemática de *un* tipo particular de pensamientos que buscaba hacer de la Argentina peronista una ‘Patria Socialista’. Esta ‘laguna’ en el discurso kirchnerista hace de la reivindicación generacional menos la de un sistema alternativo al capitalismo que la de un capitalismo conciliador y transversal. Si no importa qué pensaban los militantes sino pura y

²³ La democracia era para la militancia de los setenta *esencialmente* conflictiva. Actualmente mucho se habla de la recuperación de lo político y de la lógica binaria y polarizante del discurso kirchnerista, tomando como eje la presencia del conflicto y el tono beligerante que predomina en muchas de las alocuciones públicas de la pareja presidencial. Sin embargo, debemos afirmar que Néstor Kirchner, durante su primer año de gobierno (al menos), priorizó en sus discursos públicos la transversalidad y la pluralidad, en virtud de las alianzas partidarias y político-ideológicas que fueron necesarias para desplegar una base de legitimidad eficaz. La democracia consensual supone en la ideología política hegemónica un “estado idílico de lo político”, que Rancière (1996:146) atribuye a la prohibición de la subjetivación política del pueblo: “En efecto, ¿qué es el consenso si no la presuposición de inclusión de todas las partes y sus problemas, que prohíbe la subjetivación política de una parte de los sin parte, de una cuenta de los incontados? Todo el mundo está incluido de antemano, cada individuo es célula e imagen de la comunidad de las opiniones iguales a las partes, de los problemas reductibles a las faltas y de los derechos idénticos a las energías”.

exclusivamente el hecho de que pensarán diferente, el ethos militante se vuelve una garantía de pluralidad y consenso y no de socialismo. Lo que la imagen del militante legitimaría sería, irónicamente, el valor de la moderación, la tolerancia de cualquier pensamiento.

El «consenso» es el complemento de la «pluralidad» kirchnerista, en la medida en que «poder pensar diferente» debe conducir a una Argentina «que nos contenga a todos en la diversidad»:

Es hora de que los argentinos dejemos de priorizar las luchas partidarias y en la pluralidad y el consenso encontremos las referencias que nos contenga a todos en la diversidad. **Pensemos diferentes, pero hagamos un país para todos**, que nos contenga a todos, que tenga las raíces de la unidad y la identidad nacional, que es el camino por el que tenemos que marchar. (18 de mayo de 2004)

«Pensemos diferentes, pero hagamos un país para todos». El corolario de la «pluralidad» sería «una nueva Argentina» en la que existan «consensos sin anular las diversidades» (18/11/03). Estos valores se articulan en torno a un colectivo de identificación transversal («que los argentinos dejemos...»), en el que la *argentinidad* aparece como un contenedor que subyace eficazmente a diferencias que pueden ser partidarias, como en el párrafo anterior, e incluso clasistas:

No hay posibilidad de que un solo hombre o un grupo de hombres pueda potenciar la Argentina distinta, tampoco la va a salvar el acuerdo pactista de las corporaciones sino solamente **la construcción colectiva, plural y el consenso de todo el pueblo argentino sin distinción de clases sociales, construyendo una Argentina que nos contenga a todos**. (02 de abril de 2004)

La recurrencia a la noción de «consenso» en los discursos de Kirchner tiende a poner en escena –al menos durante sus primeros meses de gobierno– una forma de construcción de poder en todo diferente de aquella que sostienen quienes ven en el kirchnerismo una fuerza que desde sus orígenes recupera el conflicto inherente a lo político. Puede observarse la preocupación en sus discursos por crear un colectivo de identificación que trascienda todas las barreras internas, sean éstas políticas o económicas, configurando un modelo de convergencia transclasista por fuera de cualquier estructura partidaria²⁴. Para el enunciador, su generación

²⁴ La transversalidad del gobierno de Kirchner puede entenderse como una estrategia de ‘domesticación’ del Partido Justicialista. Según Luis Quevedo (en Natanson 2004:16), aunque hable de transversalidad, la principal preocupación de Kirchner es disciplinar al peronismo. Para Isidoro Cheresky (2008:45), su identidad peronista estaba relativizada, “puesto que consideraba que en el peronismo habitaban corrientes ideológicas excluyentes y su vocación explícita era constituir un frente con individuos originarios de diferentes espacios”. Sin embargo, ningún líder político puede gobernar si no tiene funcionarios y no puede ganar elecciones si no tiene candidatos para los diferentes niveles, y una estructura partidaria que fiscalice las elecciones (en Natanson 2004:25). El principio de organización histórico del PJ –según Daniel Azardun (2008:82 y ss.)– ha sido la unidad en torno a un liderazgo nacional hegemónico y popularmente legitimado. Aunque fuera vital para garantizar la gobernabilidad, ese liderazgo estaba, durante su primer año al frente del Ejecutivo Nacional, aún pendiente de resolución. De allí que la ligazón con una opinión pública que lo respaldara y con sectores políticos externos al PJ podría erigirse en un buen contrapeso ante las presiones del aparato. Un éxito en la gestión de gobierno aportaría al presidente la fortaleza política que necesitaba para avanzar en su intento de reconfigurar el mapa del poder del peronismo partidario.

«trabajaba» por «una Patria con pluralidad y consenso como [la] que tenemos hoy aquí» (11/03/04b). La lucha generacional se limita entonces al deseo soterrado de «un capitalismo en serio» y el litigio y la intransigencia a una voluntad de «pluralidad» y «consenso» por encima de cualquier diferencia ideológica. El puente que Kirchner tiende entre el proyecto juvenil postergado y su proyecto nacional actual se asienta en el territorio mismo de su derrota generacional: el acento está en la postergación generacional y no en la concreción de aquello que verdaderamente fue postergado.

El discurso kirchnerista, en el corpus analizado, busca anular el conflicto y apostar por la pluralidad y el consenso porque entiende que la democracia liberal consiste en *consensuar* la subsistencia del capitalismo, que es lo que en definitiva está en juego en la crisis de 2001²⁵. La «refundación» kirchnerista se presenta como una continuidad de la nación postergada, que resulta el escenario en el que se conjugan las memorias de la organización nacional, del bienestar y setentista. La narrativa presidencial, a diferencia de refundaciones anteriores, inscribe su gesto fundacional en la memoria de *dos* discursos fundadores: el de la organización nacional y el del bienestar peronista. Por un lado, Kirchner recupera la metáfora de la fundación y la tónica de la promesa incumplida, que habían sido llevados a su grado máximo de tensión durante la crisis de 2001²⁶; por otro, actualiza de manera novedosa su inscripción mnemónica, por la superposición del mito de la grandeza nacional con el imaginario benefactor peronista. La «refundación» implica así no sólo una deixis fundadora dentro de una memoria de la organización nacional sino principalmente una deixis fundadora entendida como el cierre de la postergación, en el sincretismo de una Argentina que será la soñada porque acaba la postergación y que será de bienestar porque esa ha sido la encarnación acabada de los sueños.

²⁵ «Consumo», por ejemplo, fue un término negativo en los discursos progresistas de los sesenta y setenta, ya que ofrecía una cuota de inmoralidad respecto de, por ejemplo, términos como ‘satisfacción de necesidades’; de la misma forma, «vivir mejor» respecto de ‘vivir bien’. (Comentario personal realizado por el Prof. Carlos Luis en el Seminario de Escritura de Tesis de la Maestría en Análisis del Discurso).

²⁶ La presencia de esta tensión puede rastrearse en el discurso kirchnerista a la luz de dos fenómenos: la narrativa de la victimización y la preponderancia de meta-colectivos singulares del tipo «la Argentina», «la Patria», «el país», «la nación». Respecto del primero, hemos analizado el ethos de líder-víctima y el eco derrotista de la militancia generacional. Cuando un país cree que su destino es la grandeza, el deterioro progresivo conduce a un crecimiento exponencial de la frustración, que suele derivar en la búsqueda de uno o varios culpables. En una entrevista para *Página/12*, Luis Alberto Romero (en Natanson 2004:32) afirma que “el nacionalismo argentino es una combinación de soberbia, de pensar que la Argentina está llamada a grandes destinos, con un componente muy paranoico, de pensar que si no estamos en primer lugar es por culpa de alguien”. Ariel y Víctor Armony (2005), al estudiar la tónica de la promesa incumplida en el relato nacional, llegan a la conclusión de que esta promesa ha acabado por generar una narrativa de victimización, según la cual ‘hay alguien que es el culpable de la pérdida del bienestar y, peor aún, de alejar al país de su destino glorioso’. Esta narrativa, agregan, se ha convertido en el *leitmotiv* de las dirigencias argentinas. En cuanto al segundo fenómeno, la presencia recurrente de estas entidades parecería indicar la importancia en el imaginario político post-crisis de colectivos que no admitan la fragmentación y que den por sentado la existencia de algo así como un espacio nacional capaz de contener la cólera por la frustración y de generar aunque sea un mínimo lazo de identificación entre los distintos actores sociales.

6. LA ARGENTINA DE LOS SUEÑOS

«La Argentina de los sueños» sería posible para el kirchnerismo porque el futuro consistiría en volver a la Patria Peronista; es ésta la sedimentación imaginaria de los «sueños» de los fundadores y pioneros, de la encarnación del sueño nacional y, por lo tanto, de la identidad nacional²⁷. El país de los «sueños» aparece simultáneamente como predestinación y pérdida: predestinación porque es la Argentina «que merecemos», pérdida porque la tuvimos («ese gran país industrial») y nos la quitaron («porque hubo una dirigencia a la que ha faltado coraje y valor»), dejando una «generación diezmada» y millones de excluidos.

El pasaje del orden de lo político al orden de lo mítico es doble en los discursos de Kirchner: la construcción de la nación no sólo remite a la fundación sino también al bienestar, que vendría a ser la encarnación de los sueños de aquella y, asimismo, el imaginario modelo de la Patria Socialista al cual ésta se ve reducida²⁸. Semejante *enjeu* produce un montaje mnemónico en el que el modelo de bienestar aparece como la *realización* momentánea, aunque efectiva y palpable, de la Argentina soñada, que luego pospondrían el Proceso y los gobiernos democráticos que le siguieron.

La «refundación», entendida de esta manera, significa para su enunciador la conclusión de la postergación de «la Argentina de los sueños» y la fundación de una Argentina que, al tiempo que opera como *realización* de los «sueños», transforma por su propio realismo los «sueños» de una «generación» y los convierte en deseo de una democracia liberal.

El discurso kirchnerista busca obtener buena parte de su legitimidad por su *sincretismo fundador*: la superposición y el mutuo reforzamiento entre un interdiscurso de la organización nacional y un interdiscurso del bienestar, a los que Kirchner hace dialogar con una memoria setentista generacional. Los efectos de memoria de estos interdiscursos son funcionales en un doble sentido: por un lado, la memoria de la fundación y la memoria setentista le imprimen a la memoria del bienestar un tono épico; por el otro, la memoria del bienestar actualiza la memoria de la fundación y la memoria setentista de una manera realista, las convierte en un tiempo histórico. Por las metáforas de la fundación y la pérdida, la memoria del bienestar se convierte en sueño postergado; bajo el paraguas del bienestar, la memoria de la organización nacional y la memoria setentista se vuelven destino posible. En su «refundación» el enunciador no sólo hace presente la metáfora de la fundación como origen mítico de la nación

²⁷ De hecho, el peronismo como poder-en-el-Estado logró articular hegemónicamente como sujeto social a la gran masa obrera, que era el resultado de las corrientes inmigratorias de principios de siglo: los «pioneros» del discurso kirchnerista han formado *efectivamente* parte de ese proletariado.

²⁸ Su articulación del imaginario de la Patria Socialista con la memoria del bienestar le permite al enunciador establecer un juego bifronte: por un lado, reducir los «sueños» y «valores» de la Patria Socialista a los hechos de la Patria Peronista; por otro, inscribirse en la cronotopografía de la «Argentina que nace» como hombre común (con todos los valores propios del peronismo, sin siquiera precisar nombrarlo: trabajador, serio, honesto, simple, modesto) y como líder-víctima, que resumiría lo que el enunciador recupera del universo de su «generación» como imaginario setentista: lo que quiso ser (la vanguardia política hacia una «Argentina de los sueños») y lo que la hicieron finalmente ser («una generación diezmada»).

y, por lo tanto, de un destino de grandeza («hagamos de vuelta una gloriosa, una gran nación» (26/06/03)) que su «generación» habría de heredar por la continuación de un mismo *soñar*, sino que articula esa pura virtualidad de la grandeza con la destrucción y, por tanto, la postergación de una gran nación real, en la que origen y destino se concretaron, que fue, según la lógica del enunciador, el «modelo de bienestar».

La «refundación» kirchnerista, de este modo, no sólo marca una clara escisión entre dos Argentinas, una que pertenece al pasado y otra que pertenece al futuro, sino que propone como futuro la vuelta a un modelo de bienestar, que –tal como se expuso– recibe la fuerza mítica de la fundación, al tiempo que reduce la fuerza revolucionaria de su «generación». La «Argentina de los sueños», nacida al calor de ese origen mítico que fue la fundación y, en general, el proyecto que involucró a «patriotas fundadores» y «pioneros», interactúa con una Argentina postergada, la de «su generación», cuyos «sueños» son incluidos por Kirchner en la serie de los «sueños» de la fundación, sustanciándolos (y, por ende, mitigándolos) en la realidad del proyecto peronista, en la realización del bienestar. El enunciador genera de esta manera un agujero negro discursivo que atrae hacia sí mismo todo el programa narrativo de la «identidad nacional»: lo que soñaron los «padres fundadores» y lo que soñaron los militantes de su «generación» son para el discurso de Kirchner un mismo sueño, y ese sueño ha sido la Argentina del bienestar; una Argentina calladamente peronista.

7. HACIA UNA LÓGICA REALISTA DEL CONSENSO

Distintos analistas han observado desde sus disciplinas la coexistencia interdiscursiva en el discurso kirchnerista de un imaginario del bienestar, asociado al peronismo clásico, y un imaginario de lo que Fairclough denomina “nuevo capitalismo”. Así, para Ricardo Sidicaro (en Natanson 2004:40), la gran novedad de Kirchner es que ha conseguido hacer una política de la época de los individuos: a unos les oferta justicia, a otros planes de ayuda, a otros ciertas ideas sobre un futuro progreso. Según la visión del analista, el mandatario se ha adaptado a una sociedad mucho más fragmentada y construida en términos de individuos, generando una cierta ruptura con el discurso peronista: “Hay elementos de la cultura peronista que están ahí, pero también incorpora una serie de temas diferentes. Básicamente, tiene que ver con reconciliar el liberalismo democrático con la tradición peronista. Es una novedad extraordinaria”. Maristella Svampa (en Natanson 2004:113), por su parte, ve en el programa kirchnerista una productividad política limitada, ya que no propone una redefinición de fondo de las relaciones entre economía y sociedad y se coloca en “peligrosa continuidad” con los gobiernos anteriores en términos de modelo socioeconómico. Esto no significa –afirma Svampa– que sea exactamente “más de lo mismo” pero tampoco es el portador de un proyecto disruptivo o contra-hegemónico. Más allá de “las ríspidas controversias” que ocasionalmente se susciten con los representantes del FMI, Atilio Borón (2005:51) encuentra en el modelo kirchnerista una “pertinaz firmeza del neoliberalismo”, que puede verificarse

fundamentalmente en la inmutabilidad de un patrón distributivo de ingresos y rentas extraordinariamente desigual y regresivo, y en la vigencia de parámetros macroeconómicos fundamentales instituidos durante los años noventa como las privatizaciones de los hidrocarburos y la desregulación y liberalización de los mercados.

En relación con ello, el análisis discursivo de la palabra pública del ex presidente Kirchner nos permite demostrar que la «refundación» kirchnerista logra articular hegemoníamente efectos de memoria²⁹ del interdiscurso del bienestar, entendido éste como realización del *soñar* nacional, con un discurso global de gobernabilidad democrática liberal, permitiéndole al enunciador establecer una crítica de y ruptura con el «modelo neoliberal» y, paralelamente, inscribirse en continuidad y meridiana coherencia con el sistema capitalista global.

Denominamos *lógica realista del consenso* al modo en que el enunciador intenta conciliar discursivamente las tensiones entre la eficacia aglutinante del interdiscurso del bienestar –la Patria Peronista como referente ideal y real de la «identidad nacional» (síntesis mnemónica de la Argentina soñada por los «padres fundadores», «los pioneros» y «su generación»)– y el discurso internacional de la gobernancia (cf. Brunelle 2008), cuyo núcleo ideológico podría resumirse en una gobernabilidad democrática viable, basada en la sustentabilidad interna y en la calidad institucional.

Engarzando imágenes de sí a menudo en tensión, aunque eficaces en su complementariedad, Kirchner busca conciliar durante su primer año de gobierno el imaginario de la Patria peronista, asociado a un capitalismo nacional, el desarrollo de una industrialización liviana, el pleno empleo y los derechos sociales, con un modelo que podría apuntarse con el nombre de *Patria promotora*, que recupera la semántica internacional de la *governance*. Resultan centrales al respecto términos como «viabilidad», «calidad institucional», «consenso», «desarrollo sustentable», «accesibilidad», «prestación de servicios», «transparencia» y «Estado promotor». El desafío de esta conciliación pasa por lograr integrar una matriz estado-céntrica en una matriz mercado-céntrica (cf. Kasman 2007), esto es, recuperar el papel del Estado como agente político sin alterar en lo sustancial el funcionamiento autónomo del mercado.

El discurso kirchnerista evidencia en carne propia la contradicción entre la reivindicación de un modelo estatalista con pretensión de inclusión e igualdad social y la continuidad de un sistema que lleva inscrita en su propia lógica la concentración,

²⁹ Estudiar los efectos de memoria es, en alguno de sus aspectos, estudiar la heterogeneidad constitutiva de todo emplazamiento enunciativo. Éstos resultan filtraciones semánticas que el interdiscurso regula en la inscripción de un enunciador dentro de una filiación discursiva. A partir de estos efectos, el sujeto enunciador se *descarga* de la demostración de la evidencia, ya que las condiciones de producción del enunciado han sido *borradas*, y recupera los efectos de realidad. Por su funcionamiento, las memorias discursivas garantizan un efecto imaginario de continuidad histórica, o, en otras palabras, la manutención de una narrativa coherente para una formación social en función de la reproducción/proyección de los sentidos hegemónicos (Mariani 1998:35). Su carácter estructurante estaría en su capacidad para *traducir* dentro de un campo semántico de la mismidad el acaecer del acontecimiento: la condición de lo legible en relación al propio legible.

centralización e internacionalización del capital y la exclusión progresiva de una enorme mayoría de ciudadanos. Lo que interesa aquí es describir cómo, a partir de un proceso discursivo, el kirchnerismo define, reformula y construye *una sintaxis capitalista después de una crisis capitalista*: los modos en que logra marcar un efecto de frontera con la «vieja Argentina» sin abandonar –incluso más, adhiriendo a– el sistema que la ha caracterizado y cuyas consecuencias han sido la creciente falta de sustentabilidad interna y el progresivo deterioro de las instituciones.

8. MEMORIA DEL BIENESTAR, GOBERNABILIDAD Y CONCEPCIÓN DEL ESTADO

La principal referencia de la memoria del bienestar dentro del discurso kirchnerista es la forma de concebir el Estado. La filiación interdiscursiva con la médula institucional del modelo de bienestar, el Estado benefactor, hace del papel del Estado una «actitud política»:

...la presencia o la ausencia del Estado constituye toda una actitud política. (25 de mayo de 2003)

La presencia del Estado se relaciona en las palabras de Kirchner con la promoción de «políticas activas» que tendrían por corolario «el desarrollo y el crecimiento económico del país, la generación de nuevos puestos de trabajo y la mejor y más justa distribución del ingreso». Se trata de un papel del Estado que recuerda a las mejores épocas peronistas, y que cobra relevancia respecto a la fase actual del mercado:

Sabemos que el mercado organiza económicamente, pero **no articula socialmente**, debemos hacer que el Estado ponga igualdad allí donde el mercado excluye y abandona. (25 de mayo de 2003).

El plan se manifiesta en una política de ingresos centrada en **el funcionamiento** de los mercados, con **la menor interferencia posible** y la autorización de las facultades del poder público **para la corrección de las fallas del mercado en general**. (02 de septiembre de 2003)

La reivindicación del Estado pone en primer plano la posibilidad gubernamental de intervenir en el «mercado». Dicha intervención, no obstante, es concebida de manera secundaria o accesorio, dejando inmovible la perspectiva mercado-céntrica. Este fenómeno puede observarse en ciertas características lingüísticas predecibles, que tienen su origen en las representaciones dominantes del neoliberalismo. Así, una primera cuestión a considerar es que el «mercado» posee para el discurso kirchnerista una dinámica autónoma, con sus propias reglas y sus propias lógicas. En su representación, existe una ausencia de agentes sociales a cargo. Nadie falla o es responsable por lo que el mercado hace; simplemente, el mercado actúa: o se trata de un agente inanimado que «excluye y abandona» o de nominalizaciones que hacen desaparecer a los responsables («funcionamiento» (02/09/03), «movimiento de la oferta y la demanda» (06/05/04)). Una segunda cuestión es que ese agente autónomo está naturalizado como sistema social, inherente a la vida humana. Por

esa razón, está representado en un presente atemporal y ahistórico: «el mercado organiza económica, pero no organiza socialmente», como un simple dato vital al que debemos responder («en un mundo que inexorablemente se vincula»). La tercera cuestión que aparece es que la presencia del Estado» como «actitud política» significa para el kirchnerismo no un Estado benefactor a la vieja usanza sino «un Estado chico» que cumpla medularmente con una tarea: corregir al mercado en aquello que falle, articular aquello que éste no organice, garantizar la «equidad» y la «inclusión social» (06/05/04) allí donde el mercado excluya. No se trata de que la inequidad, la exclusión y la desigualdad sean constitutivos del «funcionamiento del mercado»; se trata de «fallas» o desequilibrios. El mercado en sí mismo funciona y organiza; tiene, para Kirchner, un único problema: no «articula socialmente». Ese es, pues, el papel del Estado: suplir lo que el «mercado» no hace:

Debemos contar con **un Estado inteligente que establezca los límites precisos dentro de los cuales se desenvuelva la economía. Allí donde el mercado no es capaz de guardar equilibrio el Estado debe de estar presente.** No se trata de reponer el Estado voraz, deficitario, que consumió gran parte de los ahorros presentes y futuros de los argentinos, el Estado en representación del bien común debe ser **quien arbitre** en las relaciones sociales y económicas sin condenar al país a la soledad **en un mundo que inexorablemente se vincula.** Un Estado que no se instituya para favorecer a uno u otro sector de nuestra economía, pues de ese modo sólo se lo tergiversa y se corrompe. **El poder del Estado se establece por fijar** las reglas de la competencia **y sancionar** a quienes las infringen **para articular** políticas que garanticen la equidad entre los agentes de los distintos mercados, **para garantizar** los derechos de los consumidores, **para restaurar** el equilibrio social en el mismo momento que se quiebra. (10 de julio de 2003)

El Estado en los discursos de Kirchner opera como un marco regulador en torno al funcionamiento autónomo del mercado. Su «poder» se establece por reglamentar la marcha de los diferentes «agentes» mercantiles y su obligación es arbitrar el correcto funcionamiento de la oferta y la demanda: «fijar las reglas», «sancionar», garantizar, «restaurar». Este aparato estatal, que recibe con frecuencia el nombre de «Estado promotor»³⁰,

El «Estado promotor» aparece como una figura inusualmente comprimida por la sombra del interdiscurso social. El enunciador intenta recuperar un Estado que puede sugerir pero no definir. Se trata de una representación que debe encontrar el ‘justo medio’ viable entre posiciones antagónicas difícilmente conciliables, cada una de las cuales observa al nuevo proceso con cierto desdén y escaso crédito. La doble negación («Ni el Estado

³⁰ Este «Estado promotor» tiene mucho en común con el Estado ‘modesto’ del que habla Rancière en *El desacuerdo* (1996) y al que nosotros remitimos en el segundo capítulo de este trabajo. Como habíamos señalado anteriormente, el Estado ‘modesto’ es para Rancière un Estado que se legitima al declarar imposible a la política; un Estado que pone a la política como ausencia, preocupado por acrecentar su propiedad, para desarrollar los procedimientos de su propia legitimación. Se trata de un Estado domeñado por lo económico, que se limita a gestionar y administrar dentro los estrechos límites del capitalismo internacional. En el mismo sentido avanza Fairclough (en Wodak & Meyer 2003) al analizar las representaciones del cambio en la ‘economía global’. Según el autor (2003:187-8), el nuevo capitalismo puede considerarse como una reelaboración de la red de las prácticas sociales, en el que se da, en particular, una reestructuración de las relaciones entre los campos económicos y no económicos, que implica una extensa colonización de lo segundo por lo primero.

benefactor... ni el Estado que lo han hecho desaparecer») define la posición del locutor como una tercera opción y evidencia la huella de ciertos interdiscursos sociales de los que el kirchnerismo busca distanciarse³¹: ni el Estado de Bienestar, que para los demócratas liberales lleva en sus genes rasgos populistas y clientelistas; ni el Estado ‘mínimo’ neoliberal, que ha dejado gravado en el recuerdo de las mayorías el deterioro progresivo del país.

El kirchnerismo es una fuerza política en la que confluyen la necesidad popular de un Estado presente y la subsistencia de un discurso liberal en el que la intervención estatal huele a corrupción y favoritismo. Coexisten, por esa razón, en las alocuciones presidenciales un cúmulo de buenas intenciones con residuos semánticos del capitalismo más salvaje. Sobrevive, por ejemplo, la idea de que todo lo malo del capitalismo debe adjudicarse a agentes heterónomos que hacen «desaparecer» el Estado «para hacer sus negocios». Asimismo podemos observar la contradicción flagrante entre un gobierno que, por un lado, pretende un Estado «que proteja los intereses del pueblo argentino, que proteja los intereses de los débiles, que proteja los intereses de los que no tienen nada», y por otro, un Estado «que no se instituya para favorecer a uno u otro sector de nuestra economía, pues de ese modo sólo se tergiversa y se corrompe».

La noción de «Estado promotor» vendría a terciar en la palabra kirchnerista entre el temor liberal a la intervención dirigida y el temor popular al Estado desertor. La tarea de este Estado es hacer las veces de guardián del mercado: su papel no es proteger a los diferentes actores sociales, sino proteger al mercado porque de su bienestar se deduce el bienestar de los distintos agentes. El correcto funcionamiento del mercado tendría por colofón el bienestar de todos los sectores. En esta perspectiva, la racionalidad del Estado kirchnerista se funda en el arbitraje («debe ser quien arbitre»), una suerte de testigo para regular lo que Jorge Alemán (2009) denomina “la economía política del goce” del capitalismo³².

El punto justo de la *raison d'État* es para Kirchner un «Estado promotor» que *adelgace* el «Estado omnipresente y aplastante». Una suerte de estilización del aparato, que acentuaría el “activismo gerencial” con que Kirchner intenta dotar a las instituciones³³. La

³¹ La mayoría de los enunciados negativos –de acuerdo con Ducrot (1986:219-22)– hacen aparecer su enunciación como el choque de dos actitudes antagónicas, una positiva, imputada a un enunciador E₁, y la otra, que es una negativa de la primera, imputada a E₂. La doble negación polémica que Kirchner realiza lo pone entre dos enunciadores, imposibles de homologar con el autor de algún discurso efectivo: uno, que diría ‘El Estado promotor del kirchnerismo es el Estado benefactor’; por lo tanto, es populista y clientelista; y otro, que diría ‘El Estado promotor del kirchnerismo es el Estado de los noventa’, por lo tanto, habrá más desocupados, más desigualdad social y más crisis.

³² Retomamos aquí los planteos que Alemán ha venido trabajando en torno a la configuración de una izquierda lacaniana en el discurso capitalista contemporáneo, en diferentes artículos (p. e. “Nota sobre una izquierda lacaniana”, en la web *Rayando los confines*) y libros (p. e. *Derivas del discurso capitalista. Notas sobre psicoanálisis y política* (2003) y *Para una izquierda lacaniana. Intervenciones y textos* (2009)). Por “economía política del goce”, Alemán refiere la puesta de todo el ‘ser de lo ente’, en la amalgama entre capitalismo y Técnica, para ser emplazado como mercancía, haciendo del inconsciente “un mero ciframiento de la plusvalía del goce” (en *Para una izquierda...*, p. 17).

³³ La expresión “activismo general” ha sido tomada de lo que Charaudeau (2006:302) llama “fusión de los imaginarios de verdad”. Según el autor, esta fusión, propia de los discursos políticos contemporáneos, recupera la idea dominante de impotencia del Estado en relación a las fuerzas de la economía: “(...) los partidos se

antropoformización del cuerpo estatal, cuya humanidad destacamos, refuerza también una cierta *dietética* de la gestión en el discurso kirchnerista: un Estado «ágil, dinámico, que llegue en el momento oportuno» (07/10/03) se opone a un Estado «voraz, deficitario» (10/07/03), «benefactor y adiposo» (13/05/04). La *silueta estatal* representa, podríamos decir, una perspectiva eficientista que las metáforas corporales no hacen más que evidenciar. El discurso kirchnerista reformula y mitiga ciertos significantes del imaginario del bienestar y los entronca con “las particulares características de aparición del lenguaje en el nuevo capitalismo” (Fairclough, en Wodak & Meyer 2003). Su «Estado promotor» representa acabadamente lo que Fairclough ha denominado el ámbito del ‘deber ser’ de las respuestas nacionales al ámbito del ‘ser’ del cambio mundial.

En sus discursos públicos, Kirchner ofrece una imagen ambigua en la tensión democrática entre el modelo keynesiano del bienestar y el modelo liberal de la gobernabilidad. Por un lado, recupera significantes propios del peronismo clásico y los integra en un imaginario de centro-izquierda, preocupado por la desigualdad social y la injusta distribución de la renta. Por otro, hace suya la superposición hegemónica entre democracia y capitalismo liberal que constituye de raíz el discurso de la gobernancia. Nacido en los años setenta precisamente como respuesta a los ‘excesos democráticos’ del «voraz» Estado benefactor (cf. 10/07/03), el interdiscurso de la gobernabilidad genera en el discurso de Kirchner las condiciones para que el enunciador pueda *disolver* la tensión entre el carácter excluyente del capitalismo y el carácter incluyente de la democracia. Es en este sentido que el politólogo Boaventura de Sousa (en Borón 2006:290) afirma que “la democracia empezó a ser un régimen que en vez de producir redistribución social la destruye. Una democracia sin redistribución social no tiene ningún problema con el capitalismo; al contrario, es el otro lado del capitalismo, es la forma más legítima de un Estado débil”.

Teniendo en cuenta los análisis realizados, podemos hacer patente qué es lo que distancia al «Estado promotor» de lo que Kirchner define como un Estado «voraz», «adiposo» y «aplastante»: el hecho de convertir a los derechos sociales del Estado de Bienestar en «prestaciones» y «servicios». La *grasa* del Estado estaría en sus obligaciones sociales, y así como el kirchnerismo garantiza a los argentinos la presencia de un Estado humano al que le duele el sufrimiento del pueblo, también garantiza un Estado que ofrece a los ojos del capital un cuerpo *atlético*, eficiente, ágil y dinámico. Los derechos sociales de los ciudadanos, en continuidad con el discurso neoliberal, dejan de ser una obligación estatal para volverse un estímulo, un favor, una indulgencia. Cuando la garantía de protección se convierte en garantía de promoción, el Estado renuncia a toda épica y hace de su modestia virtud cardinal. Esta es la renuncia que hay que analizar.

9. EL «CAPITALISMO EN SERIO»: NEOLIBERALISMO NO ES CAPITALISMO

El «Estado promotor» representa a nivel estructural la armonía posible entre las promesas básicas de la democracia y la dinámica autónoma del mercado. A diferencia del Estado *desaparecido* de los noventa, aunque a la luz de su experiencia, el Estado *adelgazado* de Kirchner sintetiza el deber-ser de lo nacional en el horizonte de la globalización, teniendo en cuenta la fragilidad de la forma *nación* sin la regulación mínima de un aparato estatal eficiente. En sus discursos públicos, Kirchner procura redefinir de manera hegemónica lo que son *realmente* «mercado» y «capitalismo», en contraposición al «modelo» neoliberal de la «vieja Argentina». El proyecto de Kirchner, desde esta perspectiva, es coherente con una posición de centro-izquierda que, al decir de Emilio De Ípola (2003), permanece dentro de los marcos de las relaciones de producción capitalistas, sin pretender destruirlas, ni siquiera gradualmente³⁴. Para Kirchner, las «recetas» anteriores, con su compulsión por el ajuste, no han hecho otra cosa que contrariar el *verdadero* funcionamiento del capitalismo:

(...) no es que no haya plan, lo que pasa es que el plan que hay no les gusta a **esos raros capitalistas** que se declaran como tales pero no quieren ni creen en la competencia ni en el riesgo empresario ni en las reglas claras y transparentes ni en el consumo masivo. (...) Raros capitalistas que **no creen en el consumo como motor de la economía y demandan achicamiento de salarios para mejorar supuestamente la situación del país**. ¿O será que propugnan un capitalismo donde sólo consuman ellos? (02 de septiembre de 2003)

El extraño móvil de los «raros capitalistas» debe ser entendido a la luz de lo que el presidente considera que *es* el capitalismo. La pregunta retórica del final pone en escena la excluyente razón de esa rareza y plantea la contradicción profunda entre la esencia del capitalismo, un sistema en el que todos pueden consumir, y lo que esos agentes creen (o quieren hacer creer) que es: «un capitalismo donde sólo consuman ellos». El problema, así planteado, es claro: estos «raros capitalistas» no quieren ni creen en el verdadero capitalismo, el «capitalismo en serio», que el enunciador defiende y cuya esencia es incuestionable. La oposición entre estas dos formas del sistema, la neoliberal y la nacional, redundante en la deslegitimación del modelo post-dictatorial y de los «raros» agentes que lo han implementado, absolviendo al sistema como tal, cuya legitimidad y justicia Kirchner avala con sus aires de seriedad y honestidad, en el marco de un Estado también serio, honesto y cristalino.

El ex presidente Kirchner *absuelve* al capitalismo en tanto capitalismo por tres razones: porque lo que ocasionó la crisis finalmente no fue el capitalismo, sino un *raro* capitalismo;

³⁴ Ser de izquierda implica –para el psicoanalista Jorge Alemán (2009)– “insistir en el carácter contingente de la realidad histórica del capitalismo”, esto es, “no dar por eterno el principio de dominación capitalista”, aun cuando su alternativa ya no pueda ser nombrada como socialismo.

Si hubiéramos hecho capitalismo en serio, podríamos haber construido un país normal, no nos hubiéramos endeudado hasta la exageración y no hubiéramos permitido que nuestros hermanos cayeran en la indigencia y la exclusión. (1 de marzo de 2004)

...porque deja incólume el funcionamiento autónomo del mercado, implantado en el país durante la última dictadura, y lo *naturaliza* como «sistema de ideas» siempre igual a sí mismo, externo, imposible de modificar e inexorable:

El capitalismo como sistema de ideas ha prevalecido entre otras cosas porque el consumir y vivir mejor no es una buena teoría sino un aspecto sustancial de la condición humana. (1 de marzo de 2004).

...porque la memoria del bienestar funciona como imaginario de una aplicación auténtica del capitalismo en tanto «sistema de ideas». El ideal capitalista del kirchnerismo es sugerido por una memoria del bienestar que le asegura una alta eficacia incorporativa y que refuerza la legitimidad de una sintaxis capitalista en una situación de post-crisis capitalista:

Tenemos la oportunidad histórica de diseñar un proyecto nacional, un **modelo de nación** que integre las diversas regiones y que desde un **capitalismo en serio, otorgue las oportunidades de trabajo y de bienestar que nos merecemos**. (18 de noviembre de 2003)

La presencia activa de la memoria del bienestar en el discurso kirchnerista tiende a suturar la herida abierta en la crisis entre la vigencia del sistema capitalista y la posibilidad de pensar una nación soberana. Resulta evidente el intento del enunciador por lograr articular «un capitalismo en serio» con un «modelo de nación» o «un proyecto nacional», creando un colectivo de identificación («Tenemos la oportunidad histórica»). Lo que está en juego es la posibilidad del discurso presidencial de hacer coexistir la dinámica capitalista con una idea colectiva de soberanía nacional:

Queremos por nuestra parte reconstruir en la República Argentina un **capitalismo serio**, no intentamos construirlo aislado de **la gran aldea que hoy es el mundo**, pero necesitamos darle primero plena sustentabilidad interna, sin ello no tiene sentido ninguna integración. (16 de octubre de 2003)

El enunciador intenta articular una propuesta de gobernabilidad respecto de la particular instancia nacional pero también del «mercado» como fenómeno capitalista mundial. Estamos nuevamente en la búsqueda de una coincidencia entre el ámbito del ‘ser’ del capitalismo global («la gran aldea que hoy es el mundo») y el ámbito del ‘deber ser’ de las respuestas nacionales a este fenómeno. El «Estado promotor» de Kirchner sería, pues, la forma en que este ‘deber ser’ nacional se encarna en el ‘ser’ *urbi et orbi* del capital, al tiempo que las convicciones, virtudes y valores del enunciador ofrecerían en conjunto una ética legítima del ‘deber ser’ del político argentino en sintonía con la valorada imagen administrativa del *homo economicus*.

Si hay un tema central que el discurso de Kirchner deberá *domar* en su proceso de articulación hegemónica hacia el interior del campo político argentino, ese tema será el capitalismo: ¿cómo lograr consenso acerca de un proyecto capitalista en un país donde el modelo capitalista anterior fue el generador de una crisis social con pocos precedentes? La suerte del gobierno se juega durante ese primer año en lograr que la crisis sea definida como una crisis del neoliberalismo y no como una crisis del capitalismo: una crisis de cierto tipo de capitalismo y no como la crisis de un modelo de desarrollo social que –según Sousa Santos (2009)– genera, en sus fundamentos, crisis periódicas, empobrece a la mayoría de las poblaciones que dependen de él y destruye el medio ambiente.

La propuesta de Kirchner en sus discursos públicos será oponer a la experiencia nacional compartida del capitalismo como sistema excluyente un «capitalismo en serio»:

La estrategia es **construir en nuestro país un capitalismo en serio**, con reglas claras en las que el Estado juegue su rol inteligentemente para regular, para controlar, para hacerse presente donde haga falta mitigar los males que el mercado no repara, poniendo equilibrio en la sociedad que permita el normal funcionamiento de un país. **Un capitalismo en serio**, donde importen las reglas y la calidad institucional; **un capitalismo en serio** que asuma riesgos y nutra nuestro consumo a la vez que agresivamente coloque sus productos en donde los necesite el mundo; **un capitalismo en serio** en donde se combata el monopolio y la concentración para no ahogar las iniciativas de los pequeños y medianos emprendedores; **un capitalismo en serio** donde se proteja al consumidor y al inversor, con marcos regulatorios explícitos y transparentes de organismos de control ímputos; **un capitalismo en serio, un país normal**. (02 de septiembre de 2003d)

Todo aquello que corresponde al proyecto nacional es expresado bajo la fórmula del «capitalismo en serio» hasta el punto de que debe ser éste y no el país, el Estado o el gobierno el «que asuma riesgos y nutra nuestro consumo a la vez que coloque agresivamente sus productos en donde los necesite el mundo». La autonomía del capital adquiere en el marco de un Estado presencial el estatuto de una geografía en la que suceden hechos y acciones de las que nadie aparece como responsable, pero que, sin embargo, revisten la importancia de la gobernabilidad: «donde importen las reglas», «en donde se combata...», «donde se proteja al consumidor y al inversor». El ser del capitalismo opera como territorio de operaciones del deber-ser nacional: el «capitalismo en serio» aparece como la condición *sine qua non* de un «país normal».

La noción de «capitalismo nacional» reformula la idea de una izquierda o socialismo nacional, que es la que nutrió en gran medida a la militancia generacional de Kirchner y, por otro lado, guarda el eco de una memoria del bienestar que orientaría a hacer aceptable la propuesta del enunciador en los sectores peronistas. El «capitalismo nacional» resume la solución que da el discurso kirchnerista a la «viabilidad» del capitalismo en la post-crisis³⁵.

³⁵ Es interesante que el único planteo soberano que pueda efectuar el gobierno de Kirchner sea en lo que concierne a las islas Malvinas (cf. 25 de mayo de 2003, 02 de abril de 2004). La noción de «soberanía nacional», que era un concepto central del imaginario del *bienestar* (“Braden o Perón”), no tiene en los discursos kirchneristas ninguna relevancia. Esto tiene su explicación en la contradicción entre el interdiscurso del bienestar

La «refundación» de la Argentina, la vuelta a «la Argentina de los sueños», adquiere en efecto un matiz mucho más práctico y severo: optar por la única alternativa posible.

BIBLIOGRAFÍA

- ABOY CARLÉS, Gerardo & SEMÁN, Pablo (2006): “Repositionnement et distance du populisme Dans le discours de Néstor Kirchner”. En Corten, A.; Molina, V. y Girard-Lemay, J. (dir.): *La frontières du politique en Amérique latine: Imaginaires et émancipation*. París: Karthala, pp. 185-202.
- ABOY CARLÉS, Gerardo (2003): “Repensando el populismo”. En *Política y gestión*, n. 4, pp. 9-35. Rosario: Homo Sapiens.
- ALEMÁN, Jorge (2009): “Una ‘izquierda lacaniana’”. En *Página/12*, 22 de octubre de 2009.
- AMOSSY, Ruth (2000): *L’argumentation dans le discours politique. Literature d’idée, fiction*. París: Nathan.
- AMOSSY, Ruth (org.) (2008): *Imagens de si no discurso. A construção do ethos*. São Paulo: Contexto.
- ANGENOT, Marc (1982): *La parole pamphlétaire. Contribution à la typologie des discours modernes*. Paris: Payot.
- ARMONY, Ariel & ARMONY, Víctor (2005): “Indictments, myths and citizen mobilization in Argentina: A discourse analysis”. En *Latin American Politics & Society*, Volume 47, Number 4, pp. 27-54.
- ARMONY, Víctor (2002): “El país que nos merecemos: mitos identitarios en el discurso político argentino”. En *Revista de Signis*, no. 2, 2002, pp. 319-330
- ARMONY, Víctor (2004): *L’énigme argentine*. Montreal: Athéna.
- ARMONY, Víctor (2005): “Aportes teórico-metodológicos para el estudio de la producción social de sentido a través del análisis del discurso presidencial”. En *Revista Argentina de Sociología*, Año 3, no. 4, pp. 32-54.
- ARNOUX, Elvira N. de (2008): *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez*. Buenos Aires: Biblos.
- BORÓN, Atilio (2005): “Reflexiones en torno al gobierno de Néstor Kirchner”. En *Periferias*, número 12, marzo de 2005, pp. 45-61. Buenos Aires: CLACSO.
- BRUNELLE, Dorval (comp.) (2008): *Gobernabilidad y democracia en las Américas: Teorías y prácticas*. Loja, Ecuador: Editorial de la Universidad Técnica Particular de Loja.
- CASTILLO, Christian; FERNÁNDEZ, Arturo & TONELLI, Luis (2004): “¿Existe una reestructuración política del país y de la política de estado?”. En *Argumentos*, número 4, septiembre de 2004.
- CHARAUDEAU, Patrick (2006): *Discurso político*. São Paulo: Contexto.

y el discurso de la *governance*: la política no es otra cosa que gestión del capital y, por lo tanto, la soberanía se disuelve a la luz de la globalización. «Soberanía nacional», en este sentido, es el signo de la impotencia del Estado.

- CHARAUDEAU, Patrick (2009): "Reflexiones para el análisis del discurso populista". En *Discurso & Sociedad*, vol. 3 (2), 2009, pp. 253-279.
- CHERESKY, Isidoro (2008): *Poder presidencial, opinión pública y exclusión social*. Buenos Aires: CLACSO, Manantial.
- CHERESKY, Isidoro (comp.) (2006): *La política después de los partidos*. Buenos Aires: Prometeo.
- COURTINE, Jean Jacques (1981): "Analyse du discours politique. Le discours communiste ádrese aux chrétiens". En *Langages*, 62, 1981. París: Larousse.
- COURTINE, Jean Jacques (2006): *Metamorfoses do discurso político. Derivas da fala pública*. São Carlos: Claraluz.
- CROZIER, Michel; HUNTINGTON, Samuel & WATANUKI, Joji (1975): *The crisis of democracy. Report on the governability of democracies to the Trilateral Comission*. New York: University Press.
- D'ADAMO, Orlando; GARCÍA BEAUDOUX, Virginia & SLAVINSKY, Gabriel (2003): "Argentina: de la crisis de 2001 a un nuevo presidente". En *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, septiembre, número 17, pp. 146-150. Quito: FLACSO.
- DE ÍPOLA, Emilio (1983): *Ideología y discurso populista*. Buenos Aires: Folios.
- DE ÍPOLA, Emilio (2003): "Política y Estado". En *Argumentos*, número 3, diciembre de 2003.
- DINERSTEIN, Ana Cecilia (2004): "Más allá de la crisis. Acerca de la naturaleza del cambio político en Argentina". En *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, enero-abril, año 10, número 1, 2004, pp. 241-269. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- GARCÍA NEGRONI, Ma. Marta & ZOPPI FONTANA, Mónica (1992): *Análisis lingüístico y discurso político. El poder de enunciar*. Buenos Aires: CEAL.
- GARCÍA NEGRONI, Ma. Marta (1988): "La destinación en el discurso político: una categoría múltiple". En *Lenguaje en contexto I (1/2)*, pp. 85 – 111.
- LACLAU, Ernesto (2005b): *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- LACLAU, Ernesto (2009): "Las amenazas de la democracia no vienen del populismo sino del neoliberalismo". En *Página/12*, 1 de junio de 2009. Entrevista realizada por Leonardo Moledo y Nicolás Olsevicki.
- LEVY YEYATI, Eduardo & VALENZUELA, Diego (2007): *La resurrección. Historia de la poscrisis argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- LINK, Daniel (2008): "En sociedades más ordenadas un argentino se aburriría". En *Página/12*, 25 de septiembre de 2008, Sección Cultura & Espectáculos. Buenos Aires: IFX, <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/4-11422-2008-09-25.html>. Fecha de consulta: 25 de septiembre de 2008.
- LÓPEZ, María Pía (2010): "Las tesis del odio". En *Página/12*, 10 de febrero de 2010. Fecha de consulta: 10 de febrero de 2010.

- MAINGUENEAU, Dominique (1987): *Nouvelles tendances en Analyse du discours*. Paris: Hachette.
- MAINGUENEAU, Dominique (1996): “El ethos y la voz de lo escrito”. En *Versión*, n° 6, octubre de 1996, México, p.78-92.
- MAINGUENEAU, Dominique (1997): *L’analyse du discours: introduction aux lectures de l’archive*. Paris: Hachette.
- MAINGUENEAU, Dominique (1998): *Analyser des textes de la communication*. París: Dunod.
- MAINGUENEAU, Dominique (2002): “Problèmes d’ethos”. En *Pratiques*, n° 113/114, junio de 2002, pp. 55-67.
- MAINGUENEAU, Dominique (2008a): *Cenas de enunciação*. São Paulo, Parábola, 2008.
- MAINGUENEAU, Dominique (2008b): “A propósito do ethos”. En AAVV (2008): *Ethos discursivo*. Sao Paulo: Contexto, pp. 11-29.
- MARIANI, Bethania (1998): “Memória, esquecimento e acontecimento”. En *O PCB e a imprensa. Os comunistas no imaginário dos jornais (1922-1989)*. Campinas: Unicamp.
- MOCCA, Edgardo (2005): “O futuro incerto dos partidos políticos argentinos”. En *Estudos Avançados*, 19 (55), 2005, pp. 49-63. São Paulo: IEA-USP.
- MOLINA BLANDÓN, Yamila (2008): “La gobernabilidad en las Américas”. En Brunelle, Dorval (comp.): *Gobernabilidad y democracia en las Américas: Teorías y prácticas*. Loja, Ecuador: Editorial de la Universidad Técnica Particular de Loja, pp. 59-88.
- MONTERO, Ana Soledad (2007): “Memorias discursivas de los setenta y ethos militante en la retórica kirchnerista”. En *Actas de las IV Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto de Investigaciones Gino Germani*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, UBA, septiembre de 2007.
- MONTERO, Ana Soledad (2008a): “Interrogación, polifonía, y ethos militante. Evocaciones de la ‘memoria discursiva militante peronista’ en el discurso presidencial argentino (2003-2007)”. En *Actas del III Simposio Internacional sobre Análise do Discurso. Emoções, Ethos e Argumentação*. Belo Horizonte: UFMG, 1 al 4 de abril 2008.
- MONTERO, Ana Soledad (2008b): “Mémoire, droits humains et résolution de l’héritage autoritaire en Argentine (2003-2007)”. En *Actas del Congrès « Les réélaborations de la mémoire dans le monde luso- hispanophone »*. Nancy, Francia: mayo de 2008.
- MONTERO, Ana Soledad (2008c): “Justicia y decisión en el discurso presidencial argentino sobre la memoria (2003-2007)”. En *Confines. Revista de relaciones internacionales y ciencia política*. Monterrey, México. En prensa.
- MONTERO, Ana Soledad (2008d): “Usos de la memoria en el discurso presidencial argentino (2003-2006)”. En *Revista Argentina de Sociología*. Buenos Aires: Argentina. En prensa.

- MONTERO, Ana Soledad (2009): "Puesta en escena, destinación y contradestinación en el discurso kirchnerista (Argentina, 2003-2007)". En *Discurso & Sociedad*, vol. 3 (2), 2009, pp. 316-347.
- MOUFFE, Chantal (2003): *La paradoja democrática*. Barcelona: Gedisa.
- MOUFFE, Chantal (2007): *En torno a lo político*. Buenos Aires: 2007.
- MURMIS, Miguel & PORTANTIERO, Juan Carlos (2004): *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- NATANSON, José (2004): *El presidente inesperado*. Rosario: Homo Sapiens.
- NOVARO, Marcos (2007): "Las izquierdas y los populismos latinoamericanos: ¿qué hay de nuevo?, ¿qué se puede esperar?". Berlín, Seminario *Izquierda y populismo en América Latina*. Mimeo.
- ORLANDI, Eni (org.) (1993): *Discurso Fundador: a formação do país e a construção da identidade nacional*. Campinas: Pontes.
- PASCUAL, Juan (2005): *El discurso menemista. La hegemonía del neoliberalismo en la década del '90*. Tesis de Licenciatura en Comunicación Social. Entre Ríos: Facultad de Ciencias de la Educación (UNER). Mimeo.
- PECHEUX, Michel (1975): *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos.
- RANCIÈRE, Jacques (1996): *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- SIGAL, Silvia & VERÓN, Eliseo (2004): *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Legasa.
- SOUSA SANTOS, Boaventura de (2009): "Consensos problemáticos". En *Página/12*, 31 de marzo de 2009.
- SVAMPA, Maristella (2003): "El populismo imposible y sus actores, 1973-1976". En James, D.: *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires, Sudamericana.
- SVAMPA, Maristella (2007): "Las fronteras del Gobierno de Kirchner: entre la consolidación de lo viejo y las aspiraciones de lo nuevo". En *Cuadernos del CENDES*, mayo-agosto, año/vol. 24, número 65, pp. 39-61. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- VADELL, Javier (2006): "A política internacional, a conjuntura econômica e a Argentina de Néstor Kirchner". En *Revista Brasileira de Política Internacional*, enero-junio, año/vol. 49, número 1, pp. 194-214. Brasilia: Instituto Brasileiro de Relações Internacionais.
- VERÓN, Eliseo (1987): "La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política". En Verón, E. et. al.: *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette, pp. 11 – 26,
- WODAK, Ruth & MEYER, Michel (2003): *Métodos del análisis crítico del discurso*. Barcelona: Gedisa.

ZOPPI FONTANA, Mónica (1993): “Sonhando a Pátria: os fundamentos de repetidas fundações”. En Orlandi, Eni (org.): *Discurso fundador: a formação do país e a construção da identidade nacional*. Campinas: Pontes, pp. 127-149.